



TROTSKY, por G. Amende.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*Su moral y la
nuestra*

Su moral y la nuestra

León Trotsky

(1938)

EN MEMORIA DE LEÓN SEDOV

*(“... porque León Sedov era un auténtico
revolucionario y despreciaba a los
fariseos”)*

Edicions internacionals Sedov



Valencia, febrero de 2019
germinal_1917@yahoo.es

Versión al castellano de Vicent Blat
desde *Leur morale et la nôtre*, J.J.
Pauvert éditeur, 1966, Utrecht.
Traducción al francés desde el ruso de
Victor Serge, publicada en 1939 por
Éditions du Sagittaire, París.

Redactado por Trotsky a principios de 1938; fue publicado primero en ruso en el *Boletín de la Oposición* y en junio del mismo año su versión al inglés en *New International*. Las Ediciones La Clave de México publicaron la versión al castellano de “V. Z.” en 1939 con una nota que afirmaba que la traducción estaba revisada por el autor. Esa es la versión que publicó Fontamara en 1978, aunque haciendo constar alguna salvedad sobre la calidad de la misma. En la misma constaba la dedicatoria “En memoria de León Sedov”, que la edición francesa que aquí traducimos no recoge pero que nosotros sí hacemos constar. Esta edición francesa recoge la “nota del editor” de Éditions du Sagittaire de 1939, que hemos traducido también para trasladar todo el contenido al castellano y que, así, el lector pueda contextualizar las referencias que el autor hace a dicha nota en uno de los apéndices. También, por qué no decirlo, como ejemplo de lugares comunes de la doble moral burguesa frente a esta magistral obra de Trotsky.

Índice

Introducción de Pierre Frank	5
Su moral y la nuestra.....	7
Hervor de la moral	8
Amoralismo marxista y verdades eternas.....	10
“El fin justifica los medios”.....	12
Jesuitismo y utilitarismo.....	13
“Reglas universales de moral”	14
La crisis de la moral democrática	15
El “Sentido Común”.....	17
Los moralistas y la GPU.....	19
Disposición de las figuras del juego político.....	21
El estalinismo es un producto de la vieja sociedad.....	23
Moral y revolución.....	25
La revolución y los rehenes	27
La moral de los cafres	29
El “amoralismo” de Lenin	31
Un episodio edificante.....	33
Interdependencia dialéctica del fin y los medios	35
Apéndices	38
Texto de la “nota del editor” de las Éditions du Sagittaire	39
Moralistas y sicofantes contra el marxismo	40
Los mercaderes de indulgencias y sus aliados socialistas. O el cuclillo en nido ajeno	40
“¡Moral de hotentote!”	41
El miedo a la opinión pública burguesa	42
El código moral de la guerra civil.....	42
¡Las masas no tienen nada que ver aquí!.....	43
La lucha contra el marxismo.....	44
El sicofante Souvarine.....	45
Revolucionarios y propagadores de infecciones.....	46
Índice biográfico	48

Introducción de Pierre Frank

Su moral y la nuestra fue escrito por León Trotsky bajo circunstancias dramáticas.

La Segunda Guerra Mundial se avecinaba. La guerra civil continuaba en España y la ventaja era evidente para Franco. Por otro lado, en la Unión Soviética, Stalin llevaba a cabo su Termidor ejecutando a la gran mayoría de los líderes bolcheviques, a los compañeros de Lenin.

En agosto de 1936 tuvo lugar el primero de los “[procesos de Moscú](#)”, con los principales acusados en el palco, Zinóviev y Kámenev, pero Trotsky y su hijo, León Sedov, fueron designados como los principales culpables. Ya el 2 de septiembre de ese año, el gobierno noruego hizo prisionero a Trotsky y lo privó de cualquier medio de defensa, mientras que las acusaciones contra él llenaron las columnas de la prensa de todo el mundo. Su hijo León Sedov, “Liova”, dirigió la lucha desde París, donde fue seguido paso a paso por agentes del GPU. Trotsky no tuvo la oportunidad de hablar públicamente hasta el 9 de enero de 1937, cuando desembarcó en México. Pocos días después, comenzó el segundo “juicio de Moscú”, contra Radek, Piatakov... y también contra Trotsky y Liova. En junio de 1937, fueron eliminados Tujachevsky y una multitud de generales, líderes de los ejércitos soviéticos.

Calumniado y sentenciado a muerte, Trotsky luchó ferozmente para defender su honor y el de la revolución rusa. Con dificultad había conseguido la constitución de una comisión encabezada por el filósofo norteamericano Dewey para llevar a cabo un “contra-proceso” en el que derribaría totalmente las acusaciones hechas en su contra. Con dificultad, porque la mayoría de los llamados intelectuales progresistas habían seguido los pasos de Stalin (cuando Kruschov, veinte años después, denunció los crímenes de Stalin en su informe al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, ninguno de ellos sintió la necesidad de hacer su autocrítica).

Pero eso no fue todo. Durante 1937, Trotsky tuvo que notar que muchos intelectuales, escritores y políticos, que sabían que estos “procesos” eran maquinaciones, en lugar de apoyarlo, los estaban usando para iniciar un juicio contra el bolchevismo. Durante años, Victor Serge, Max Eastman, Sydney Hook y otros, parecieron compartir el análisis de Trotsky sobre el estalinismo, a saber, una degeneración termidoriana de la revolución, “en la que la relación entre Stalin y Lenin sería similar a la de Napoleón y Robespierre en la revolución francesa”. Pero, bajo el diluvio de calumnias generalizadas durante los “procesos de Moscú” y las campañas contra ellos, comenzaron a denunciar el bolchevismo: el estalinismo, según ellos, era su producto natural, el amoralismo de Stalin era sólo el del bolchevismo, el de Lenin en particular, contra el que hasta entonces se había levantado tanta gente. Estos críticos culparon a Lenin y Trotsky por el uso de la toma de rehenes durante la guerra civil. Denunciaron el aplastamiento de la revuelta de Cronstadt en 1921, presentándola como una resistencia al estalinismo (que no había nacido), mientras que los bolcheviques la habían visto como una brecha a través de la cual la contrarrevolución intentaba penetrar. Por parte de estos hombres fue requisitoria contra el bolchevismo en nombre de la moralidad. Al invocar a éste, colocaban a Stalin y a Trotsky espalda contra espalda, juntos, mientras aquel perseguía a este, hasta que lo hizo asesinar en agosto de 1940.

En estos ataques, que, en nombre de la indignada moralidad, ignoraron todo lo que Trotsky había aportado al análisis de la sociedad soviética, vio una renuncia a la solidaridad con la revolución socialista, una ayuda a la reacción estalinista y, para algunos, el camino hacia la reacción burguesa. Eastman, Hook se convertirían en macartistas.

Así que decidió responder en el mismo nivel en el que estos hombres dirigían el debate. Por lo tanto, escribió *Su moral y la nuestra* a principios de 1938, cuando se anunció el tercero de los grandes “procesos”, cuyos principales acusados eran Bujarin y Rakovsky.

El mismo día en que terminó este folleto, Trotsky se enteró de que su hijo Liova acababa de morir en París. Las circunstancias de la muerte de Liova a la edad de 32 años no han sido aclaradas, pero son lo suficiente extrañas, dado que el Gpeu estaba vigilando todas sus acciones y le había tendido trampas, como para que sin duda este haya jugado un papel en esa muerte súbita.

Su moral y la nuestra aparecieron en ruso en el *Boletín de la Oposición* y en inglés en la revista americana *The New Internationalist*. Traducido al francés por Victor Serge, no fue publicado en francés como libro hasta marzo de 1939. El editor había adjuntado una “nota del editor”¹, probablemente escrita por Victor Serge, que (a pesar de su aparente objetividad) repetía la acusación a la que Trotsky había respondido en su panfleto. También, en junio de 1939, escribió un ensayo más corto, *Moralistas y sicofantes contra el marxismo*², en respuesta a esta nota del editor y a varias críticas que el libro había suscitado. Habiendo estallado la Segunda Guerra Mundial unas semanas después, este ensayo, que Trotsky consideraba parte integral de *Su moral y la nuestra*, no fue publicado en francés. Esta edición es, por lo tanto, la primera edición completa de *Su moral y la nuestra* en francés.

Pierre Frank, 8 de febrero de 1966

¹ Ver en esta obra.

² Ver en esta obra.

Su moral y la nuestra

Hervor de la moral

En tiempos de reacción triunfante, vemos a los demócratas, socialdemócratas, anarquistas y otros representantes de la izquierda segregando el doble de la cantidad de moralidad, así como la gente suda más cuando tiene miedo. Repitiendo a su manera los diez mandamientos o el sermón de la montaña, estos moralistas se dirigen menos a la reacción triunfante que a los revolucionarios perseguidos, cuyos “excesos” y principios “amorales” “provocaron” la reacción y le dieron una justificación moral. Sin embargo, habría una forma elemental pero segura de evitar la reacción: el esfuerzo interior, el renacimiento moral. Muestras de perfección ética se distribuyen gratuitamente en todas las redacciones interesadas.

Esta prédica, tan ampulosa como falsa, tiene su base social (de clase) en la pequeña burguesía intelectual. Su base política es impotente y está angustiada ante la reacción. Su base psicológica: el deseo de superar la propia inconsistencia poniéndose una falsa barba de profeta.

El proceso de moralización filistea consiste en identificar las formas de actuar de la revolución y de la reacción. Las analogías formales aseguran su éxito. El zarismo y el bolchevismo devienen gemelos. También se pueden encontrar gemelos en el fascismo y el comunismo. Se pueden enumerar también las características comunes al catolicismo o al jesuitismo y al comunismo. Por su parte, Hitler y Mussolini, utilizando un método muy similar, demuestran que el liberalismo, la democracia y el bolchevismo son sólo las diversas manifestaciones del mismo mal. La idea de que el estalinismo y el trotskismo son “idénticos en el fondo” está siendo ampliamente aceptada. Reúne a liberales, demócratas, católicos piadosos, idealistas, pragmáticos, anarquistas y fascistas. Si los estalinistas no tienen la oportunidad de unirse a este “Frente Popular”, es sólo por casualidad: porque, precisamente, están absorbidos en el exterminio de los trotskistas.

Estos acercamientos e identificaciones se caracterizan esencialmente por un completo desconocimiento de los fundamentos materiales de las diversas tendencias, es decir, de su naturaleza social y, por lo tanto, de su función histórica objetiva. Por otra parte, las distintas tendencias se evalúan y clasifican según indicadores externos y secundarios, la mayoría de las veces en función de su actitud hacia un principio abstracto concreto al que el clasificador asigna profesionalmente un significado particular. Para el Papa, los francmasones, darwinistas, marxistas y anarquistas son hermanos en el sacrilegio, ya que todos rechazan la Inmaculada Concepción. Para Hitler, el liberalismo y el marxismo, ignorando ambos la “sangre y el honor”, son gemelos. Son gemelos para los demócratas, los fascistas y bolcheviques, ya que se niegan a someterse al sufragio universal. Y así sucesivamente.

Las características comunes de estas tendencias similares son innegables. Pero el desarrollo de la especie humana no se agota por el sufragio universal, ni por la “sangre y el honor”, ni por el dogma de la Inmaculada Concepción; (todo está ahí). El devenir histórico es sobre todo una lucha de clases, y a veces diferentes clases utilizan medios similares para diferentes propósitos. No podría ser de otra manera. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos; si no hubiese nada en común en sus formas de lucha, no podrían chocar.

El campesino o el tendero inculto, si se encuentra entre dos fuegos, sin entender las causas y el alcance de la lucha entre el proletariado y la burguesía, considera a los dos partidos en presencia con igual odio. ¿Qué son todos estos moralistas democráticos? Los ideólogos de las capas medias que se han visto cogidas, o que temen ser cogidas, entre dos fuegos. Los profetas de este tipo se caracterizan especialmente por su distanciamiento de los grandes movimientos de la historia, por el conservadurismo retrógrado de su pensamiento, por el contentamiento con su mediocridad y por la más primitiva pusilanimidad política. Sobre todo, los moralistas quieren que la historia les deje en paz con sus libros, pequeñas revistas, suscriptores, sentido común y reglas. Pero la historia no los deja en paz. A veces por la izquierda, a veces por la derecha, les muele las costillas. Por supuesto: ¡revolución y reacción, zarismo, bolchevismo, estalinismo y trotskismo son hermanos gemelos! Quien lo dude, que sienta los golpes simétricos de derecha e izquierda en el cráneo de los moralistas...

Amoralismo marxista y verdades eternas

La crítica más común e impresionante dirigida al “amoralismo” bolchevique se basa en la pretendida regla jesuítica del bolchevismo: *el fin justifica los medios*. De esto, fácilmente, se puede sacar la siguiente conclusión: los trotskysta, como todos los bolcheviques (o marxistas), no aceptan los principios de la moralidad, no hay diferencia esencial entre el trotskismo y el estalinismo. Que es lo que había que demostrar.

Un semanario estadounidense, bastante vulgar y cínico, ha abierto una pequeña investigación sobre la moralidad del bolchevismo, que pretende, según la costumbre, servir tanto a la moralidad como a la publicidad. El inimitable Herbert Wells, cuya suficiencia homérica siempre supera la extraordinaria imaginación, se apresuró a solidarizarse con los esnobs reaccionarios de “Common Sens”. Así es como debe ser. Pero los que respondieron a la encuesta defendiendo el bolchevismo no lo hicieron sin tímidas reservas. Los principios marxistas son, por supuesto, malos, pero entre los bolcheviques hay sin embargo hombres excelentes (Eastman). En realidad, hay “amigos” que son más peligrosos que los enemigos.

Si quisiéramos tomarnos en serio a nuestros censores, primero tendríamos que preguntarles cuáles son sus propios principios morales. Una pregunta que sin duda quedaría sin respuesta... Supongamos que ni los fines personales ni los sociales pueden justificar los medios. Entonces, habría que buscar otros criterios al margen de la sociedad, tal y como la ha hecho la historia, y de los propósitos para los que se ha desarrollado. ¿Dónde? En el cielo si no en la tierra. Hace tiempo que los sacerdotes han descubierto en la revelación divina los cánones infalibles de la moralidad. Los sumos sacerdotes laicos tratan con las verdades eternas de la moralidad sin indicar su referencia primaria. Tenemos derecho a concluir que si estas verdades son eternas, son anteriores a la aparición del pitecántropo en la tierra e incluso a la formación del sistema solar. ¿De dónde diablos salieron? La teoría de la moral eterna no puede prescindir de Dios.

Los moralistas de tipo anglosajón, en la medida en que no están satisfechos con un utilitarismo racionalista (la ética del contable burgués) se presentan como los discípulos conscientes o inconscientes del vizconde de Shaftesbury que, a principios del siglo XVIII, dedujo los juicios morales de un sentido particular, el sentido moral innato al hombre. Situada por encima de las clases, la moralidad conduce inevitablemente a la admisión de una sustancia particular, un sentido moral absoluto que es sólo el tímido seudónimo filosófico de Dios. La moral independiente de los “fines”, es decir, de la sociedad (ya sea deducida de las verdades eternas o de la “naturaleza humana”) es en última instancia sólo un aspecto de la “teología natural”. Los cielos siguen siendo la única posición fortificada desde la que se puede luchar contra el materialismo dialéctico.

A finales del siglo pasado se formó en Rusia toda una escuela “marxista” que pretendía completar la doctrina de Marx añadiendo un principio moral autónomo, superior a las clases (Struve, Berdiaev, Bulgakov y otros....). Sus partidarios comenzaron naturalmente con Kant y su imperativo categórico. ¿Cómo terminaron? Struve es ahora un ex ministro del barón de Wrangel y un buen hijo de la Iglesia; Bulgakov es un sacerdote ortodoxo; Berdiaev interpreta el Apocalipsis en varios

idiomas. Estas metamorfosis inesperadas a primera vista no pueden explicarse por el “alma eslava” (el alma de Struve, por lo demás, es germánica) sino por la magnitud de la lucha social en Rusia. La orientación esencial de esta metamorfosis es en realidad internacional.

El idealismo clásico en la filosofía, en la medida en que tendía a secularizar la moralidad, es decir, a emanciparla de la sanción religiosa, era un inmenso avance (Hegel). Pero, separada del cielo, la moral necesitaba raíces terrenales. El descubrimiento de estas raíces fue una de las tareas del materialismo. Después de Shaftesbury, está Darwin; después de Hegel, Marx. Hoy en día, invocar las “verdades eternas” de la moral es tratar de rebajar el pensamiento. El idealismo filosófico es sólo una etapa: de la religión al materialismo o, por el contrario, del materialismo a la religión.

“El fin justifica los medios”

La orden de los jesuitas, fundada en la primera mitad del siglo XVI para luchar contra el protestantismo, nunca enseñó que “cualquier medio”, incluso criminal desde el punto de vista de la moral católica, sea admisible siempre que conduzca a la meta, es decir, al triunfo del catolicismo. Esta doctrina contradictoria y psicológicamente inconcebible fue malignamente atribuida a los jesuitas por sus oponentes protestantes (y a veces católicos) que, por su parte, no se preocuparon por la elección de los medios para lograr “sus” fines. Los teólogos jesuitas, preocupados, como los de otras escuelas, por el problema del libre albedrío, enseñaron que un medio puede ser indiferente en sí mismo, pero que la justificación o condena de un medio dado se deriva del fin. Un disparo es en sí mismo indiferente; disparar al perro rabioso que amenaza a un niño es una buena acción; disparar para matar o ejercer violencia es un crimen. Los teólogos de la orden no querían decir nada más que estos lugares comunes. En cuanto a su moral práctica, los jesuitas formaron una organización militante, cerrada, rigurosamente centralizada, ofensiva, peligrosa, no sólo para sus enemigos, sino también para sus aliados. Por su psicología y sus métodos de acción, los jesuitas de la época “heroica” se distinguían del sacerdote ordinario, como los guerreros de la Iglesia se distinguían de sus comerciantes. No tenemos ninguna razón para idealizar ni a unos ni a otros. Pero sería muy indigno considerar al fanático guerrero con los ojos del estúpido y perezoso tendero.

Siguiendo en el campo de las comparaciones puramente formales o psicológicas, se puede decir que los bolcheviques son para los demócratas y socialdemócratas de todos los matices lo que los jesuitas eran para la pacífica jerarquía eclesiástica. En comparación con los marxistas revolucionarios, los socialdemócratas y los socialistas centristas parecen atrasados o, comparados con los médicos, curanderos. Ninguna cuestión que no hayan examinado a fondo; creen en el poder de los exorcismos y evitan temerosos las dificultades mientras esperan el milagro. Los oportunistas son los tenderos pacíficos de la idea socialista, mientras que los bolcheviques son los militantes convencidos. De ahí el odio y la calumnia con que los colman los hombres que tienen los mismos defectos que ellos (condicionados por la historia) sin tener ninguna de sus cualidades.

La comparación entre los jesuitas y los bolcheviques, sin embargo, sigue siendo muy unilateral y superficial; pertenece más a la literatura que a la historia. Según las características e intereses de las clases que los apoyaban, los jesuitas representaban la reacción y los protestantes el progreso. Los límites de este progreso se expresaron, a su vez, inmediatamente, en el compromiso protestante. La doctrina de Cristo, restaurada “a su pureza”, no impidió en modo alguno que el Lutero burgués incitase al exterminio de los campesinos rebeldes, esos “perros rabiosos”. El doctor Martin obviamente consideró que “el fin justifica los medios” antes de que esa regla fuera atribuida a los jesuitas. Por su parte, los jesuitas, compitiendo con los protestantes, se adaptaron cada vez más al espíritu de la sociedad burguesa y de los tres votos (pobreza, castidad y obediencia) solo mantuvieron el último y, por otra parte, de una forma muy atenuada. Desde el punto de vista del ideal cristiano, la moral de los jesuitas cayó muy por debajo al dejar de ser jesuitas. Los guerreros de la Iglesia se convirtieron en sus burócratas y, como todos los burócratas, se convirtieron en bribones.

Jesuitismo y utilitarismo

Estas breves observaciones parecen ser suficientes para subrayar la ignorancia y mediocridad que son necesarias para tomar en serio la oposición al principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”; oposición inspirada, por otra parte, por una moral superior, por supuesto, según la cual cada “medio” lleva su pequeña etiqueta moral, igual que la llevan en las tiendas las mercancías vendidas a precio fijo. Es sorprendente que el sentido común del filisteo anglosajón consiga indignarse ante el principio “jesuítico” al tiempo que se inspira en el utilitarismo, tan característico de la filosofía británica. Sin embargo, el criterio de Bentham y John Mill, “la mayor felicidad posible para el mayor número posible” (“the greatest possible happiness of the greatest possible number”), significa: los medios que sirven al bien común, al fin supremo, son morales. De modo que la fórmula filosófica del utilitarismo anglosajón coincide plenamente con el principio “jesuítico”: que el fin justifica los medios. El empirismo, tal como lo vemos, existe aquí abajo para liberar a la gente de la necesidad de unir los dos extremos de un razonamiento.

Herbert Spencer, cuyo empirismo se había beneficiado de la vacuna evolutiva de Darwin al igual que una vacuna contra la viruela, enseñaba que la evolución moral parte de las “sensaciones” y conduce a las “ideas”. Las sensaciones imponen el criterio de “una satisfacción futura más sostenible y superior”. El criterio moral aquí también es el del “placer” o la “felicidad”; pero el contenido se amplía y profundiza con el grado de evolución. Herbert Spencer muestra así, con los métodos de su utilitarismo “evolutivo”, que el principio: “el fin justifica los medios” no tiene nada de inmoral.

Sin embargo, sería ingenuo esperar que este principio arroje luz sobre la siguiente cuestión práctica: ¿Qué se puede y qué no se puede hacer? El fin que justifica los medios también plantea la pregunta: ¿y qué justifica el fin? Tanto en la vida práctica como en el movimiento de la historia, el fin y los medios cambian constantemente de lugar. La máquina en construcción es el “fin” de la producción y luego se convierte, instalada en la fábrica, en un “medio” de producción. La democracia es a veces el “fin” perseguido en la lucha de clases y luego se convierte en el “medio” de la misma. Sin tener nada de inmoral, el principio atribuido a los jesuitas no resuelve el problema moral.

El utilitarismo “evolutivo” de Spencer también nos deja sin respuesta, a medio camino, pues intenta, después de Darwin, reducir la moralidad histórica concreta a las necesidades biológicas o “instintos sociales” específicos de la vida animal gregaria, mientras que la noción misma de moralidad surge en un entorno dividido por antagonismos sociales, es decir, en una sociedad dividida en clases.

El evolucionismo burgués se detiene, golpeado por la impotencia, en el umbral de la sociedad histórica, sin querer admitir que la lucha de clases es el principal trampolín para la evolución de las formas sociales. La moral es sólo una de las funciones ideológicas de esta lucha. La clase dominante impone sus fines a la sociedad y la acostumbra a considerar como inmorales los medios que van en contra de estos fines. Esta es la misión esencial de la moral oficial. Persigue “la mayor felicidad posible”, no del mayor número, sino de una minoría incesantemente decreciente. Un régimen de este tipo, basado únicamente en la coacción, no duraría una semana. El cemento de la ética es esencial para ello. La fabricación de este cemento es responsabilidad de los teóricos y moralistas pequeñoburgueses. Pueden usar todos los colores del arco iris; después de todo, son sólo los apóstoles de la esclavitud y la sumisión.

“Reglas universales de moral”

Un hombre que no quiere volver ni a Moisés, ni a Cristo ni a Mahoma, ni conformarse con unas sobras eclécticas, debe reconocer que la moral es producto del desarrollo social; que no es invariable; que sirve a los intereses de la sociedad; que estos intereses son contradictorios; que la moral tiene, más que cualquier otra forma de ideología, un carácter de clase.

¿No hay, sin embargo, reglas elementales de moralidad elaboradas por el desarrollo de toda la humanidad y necesarias para la vida de cualquier comunidad? Existen, por supuesto, pero su eficiencia es muy inestable y limitada. Las normas “imperativas para todos” son menos eficientes a medida que la lucha de clases se hace más dura. La guerra civil, la forma culminante de la lucha de clases, abole violentamente todos los lazos morales entre las clases enemigas.

Colocado bajo condiciones “normales”, el hombre “normal” observa el mandamiento: “¡No matarás!” Pero si mata en circunstancias excepcionales de defensa propia, el jurado lo absuelve. Si, por el contrario, cae víctima de una agresión, el agresor será asesinado por decisión judicial. La necesidad de justicia y autodefensa se deriva del antagonismo de intereses. En cuanto al estado, en tiempo de paz sólo legaliza la ejecución de personas para transformar el “no matarás” en un mandamiento diametralmente opuesto en tiempos de guerra. Los gobiernos más humanos que “detestan” la guerra en tiempos de paz, hacen del exterminio de la mayor parte de la humanidad el deber de sus ejércitos en tiempos de guerra.

Las reglas de moralidad “universalmente reconocidas” conservan el carácter algebraico que les es propio, es decir, indefinido. Sólo expresan el hecho de que el hombre, en su comportamiento individual, está obligado por ciertas normas universales, ya que pertenece a la sociedad. El “imperativo categórico” de Kant es la más alta generalización de estas normas. Pero a pesar de la eminente situación que ocupa este imperativo en el Olimpo filosófico, no tiene nada, absolutamente nada de categórico, nada de concreto. Es una forma sin contenido.

La causa de la falta de contenido de las formas que son obligatorias para todos es que, en todas las circunstancias importantes, los hombres tienen un sentido mucho más inmediato y profundo de pertenencia a una clase social que a la “sociedad”. Las normas morales “vinculantes para todos” reciben en realidad un contenido de clase, es decir, antagónico. La norma moral es tanto más categórica cuanto que es menos “obligatoria para todos”. La solidaridad de los trabajadores, especialmente en huelgas o detrás de las barricadas, es infinitamente más categórica que la solidaridad humana en general.

La burguesía, cuya conciencia de clase es muy superior, por su plenitud e intransigencia, a la del proletariado, tiene un interés vital en imponer “su” moral a las clases explotadas. Las normas concretas del catecismo burgués se camuflan con abstracciones morales, estas mismas puestas bajo la égida de la religión, la filosofía o esa cosa híbrida llamada “sentido común”. La invocación de normas abstractas no es un error desinteresado de la filosofía, sino un elemento necesario del mecanismo de la lucha de clases. Sacar a relucir este engaño, cuya tradición se remonta a miles de años atrás, es el primer deber del revolucionario proletario.

La crisis de la moral democrática

Para asegurar el triunfo de sus intereses en las grandes cuestiones, las clases dominantes se ven obligadas a renunciar a algo en cuestiones secundarias, siempre y cuando, por supuesto, estas concesiones sigan siendo ventajosas. En el momento del ascenso del capitalismo y especialmente en las últimas décadas de la preguerra, estas concesiones, al menos hacia las capas superiores del proletariado, eran bastante reales. La industria estaba en pleno desarrollo. El bienestar de las naciones civilizadas, y especialmente de sus masas trabajadoras, estaba aumentando. La democracia parecía inquebrantable. Las organizaciones de trabajadores estaban creciendo, al igual que las tendencias reformistas. Las relaciones entre las clases se suavizaron, al menos externamente. Así, en las relaciones sociales, se establecieron reglas elementales de moralidad junto con las normas de la democracia y los hábitos de paz social. Teníamos la impresión de vivir en una sociedad cada vez más libre, justa y humana. El “sentido común” sostenía que la curva ascendente del progreso era infinita.

No lo fue; estalló la guerra, seguida de trastornos, crisis, desastres, epidemias, retornos a la barbarie. La vida económica de la humanidad se encontraba en un punto muerto. Los antagonismos de clase se agudizaron e hicieron evidentes. Uno tras otro, saltaron los mecanismos de seguridad de la democracia. Las reglas básicas de la moral resultaron ser aún más frágiles que las instituciones democráticas y las ilusiones del reformismo. La mentira, la calumnia, la corrupción, la violencia y el asesinato adquirieron proporciones sin precedentes. Las mentes simples, confundidas, creían que estas eran las consecuencias momentáneas de la guerra. Estos inconvenientes fueron y siguen siendo en realidad manifestaciones del declive del imperialismo³. La gangrena del capitalismo conduce a la gangrena de la sociedad moderna, incluyendo la ley y la moralidad.

El fascismo, nacido de la bancarrota de la democracia ante las tareas asignadas por el imperialismo, es una “síntesis” de los peores males de la época. Los restos de la democracia sólo se mantienen en las aristocracias capitalistas más ricas: por cada “demócrata” inglés, francés, holandés o belga, trabajo un cierto número de esclavos coloniales; “sesenta familias” gobiernan la democracia en Estados Unidos.... Y los elementos del fascismo están creciendo rápidamente en todas las democracias. El estalinismo es a su vez el producto de la presión del imperialismo sobre un estado obrero atrasado y aislado; por lo tanto, complementa al fascismo en alguna manera simétrica.

Mientras que los filisteos idealistas (y los anarquistas en primer lugar, por supuesto) denuncian incansablemente la “amoralidad” marxista, los trusts estadounidenses gastan, según John Lewis, más de ochenta millones de dólares al año en la lucha contra la “desmoralización” revolucionaria, es decir, en costos de espionaje, corrupción de los trabajadores, imposturas judiciales y asesinatos. ¡El imperativo categórico a veces sigue, en su marcha hacia su triunfo, caminos muy sinuosos!

³ La palabra “imperialismo” se toma aquí en su acepción marxista: designa al capitalismo de los monopolios, caracterizado por la exportación de capitales y el reparto del mundo. Ver Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Nota de Victor Serge.

Cabe señalar, en aras de la equidad, que los moralistas pequeñoburgueses más sinceros y también más tercos siguen viviendo hoy en día de la memoria idealizada del ayer y de la esperanza de volver a ese ayer. No entienden que la moralidad es una función de la lucha de clases; que la moralidad democrática satisfacía las necesidades del capitalismo liberal y progresista; que la feroz lucha de clases que domina la nueva era ha destruido definitiva e irrevocablemente esa moralidad; que la moralidad del fascismo, por un lado, y la de la revolución proletaria, por otro, la sustituyen en dos direcciones opuestas.

El “Sentido Común”

La democracia y la moral “generalmente aceptada” no son las únicas víctimas del imperialismo. El sentido común “innato a todos los hombres” es su tercera víctima. Esta forma inferior del intelecto, necesaria bajo todas las condiciones, es también suficiente bajo ciertas condiciones. El principal capital del sentido común está constituido por conclusiones elementales extraídas de la experiencia humana: no pongas los dedos en el fuego, sigue preferiblemente la línea recta, no molestes a los perros peligrosos.... y así sucesivamente. En un entorno social estable, el sentido común es suficiente para comerciar, cuidar a los enfermos, escribir artículos, dirigir un sindicato, votar en el parlamento, formar una familia, crecer y multiplicarse. Pero tan pronto como intenta ir más allá de sus límites naturales para intervenir en el campo de las generalizaciones más complejas, no es más que el conglomerado de prejuicios de una cierta clase en un momento dado. La simple crisis del capitalismo lo desconcierta; frente a desastres como revoluciones y guerras, el sentido común no es más que un imbécil completo. Es necesario conocer los desórdenes “catastróficos” del curso “normal” de las cosas de las más altas cualidades intelectuales, cuya expresión filosófica hasta ahora sólo ha sido dada por el materialismo dialéctico.

Max Eastman, que se esfuerza con éxito en darle al “sentido común” la apariencia literaria más atractiva, ha hecho de la lucha contra la dialéctica materialista una especie de profesión. Las perogrulladas conservadoras del buen sentido unidas al buen estilo de Eastman pasan por formar la “ciencia de la revolución”. Rescatando a los esnobs reaccionarios del “sentido común”, Max Eastman enseña con una seguridad inimitable de que si Trotsky, en lugar de inspirarse en la doctrina marxista, se hubiera inspirado en el sentido común, no habría perdido el poder.... La dialéctica interna que hasta ahora se ha manifestado en la sucesión de fases de todas las revoluciones no existe para Eastman. Sostiene que la reacción sigue a la revolución porque no se respeta suficientemente el sentido común. Eastman no entiende que Stalin fue precisamente la “víctima” del sentido común en la historia, porque el poder que tiene se utiliza para fines hostiles al bolchevismo. Por el contrario, la doctrina marxista nos ha permitido romper con la burocracia termidoriana y seguir sirviendo al socialismo internacional.

Toda ciencia (y esto se aplica a la “ciencia de la revolución”⁴) está sujeta a verificación experimental. Eastman, que sabe cómo se mantiene el poder revolucionario cuando la contrarrevolución prevalece en todo el mundo, debe saber bien cómo se puede conquistar el poder. Esperamos que finalmente acepte revelar sus secretos. Lo mejor sería que lo hiciera dándonos el programa de un partido revolucionario bajo este título: “¿Cómo conquistar y mantener el poder?” Pero tememos que el sentido común, precisamente, impida a Eastman embarcarse en una empresa tan arriesgada. Y esta vez, el sentido común tendrá razón.

La doctrina marxista, ¡que Eastman desafortunadamente nunca entendió! nos permitió prever el Termidor soviético, inevitable bajo ciertas condiciones dadas por la historia, y toda su serie de crímenes. El marxismo había anunciado mucho antes el

⁴ Max Eastman es autor de una obra titulada *La ciencia de la revolución*. (Publicada en castellano en 1928 por Librería Catalonia, Barcelona)

colapso inevitable de la democracia burguesa y su moralidad. Por otro lado, las doctrinas del “sentido común” fueron sorprendidas por el fascismo y el estalinismo. El sentido común procede por medio de cantidades invariables en un mundo donde sólo hay variabilidad. La dialéctica, por otra parte, considera los fenómenos, las instituciones, las normas en su formación, desarrollo y decadencia. La actitud dialéctica hacia la moralidad, producto funcional y transitorio de la lucha de clases, parece “amoral” al sentido común. ¡Sin embargo, no hay nada más duro, más pedante, más limitado y cínico que la moralidad del sentido común!

Los moralistas y la GPU

El pretexto para la cruzada contra el “amoralismo” bolchevique fue proporcionado por los juicios de Moscú. Sin embargo, la cruzada no comenzó a tiempo. Porque los moralistas eran en su mayoría amigos del Kremlin. Como tal, intentaron durante mucho tiempo ocultar su estupor e incluso fingir que no había pasado nada.

Sin embargo, los juicios de Moscú no se realizan por casualidad. El servilismo, la hipocresía, el culto oficial a la mentira, la compra de conciencias y todas las demás formas de corrupción florecen ricamente en Moscú desde 1924-1925. Las futuras imposturas judiciales se están preparando a la luz del día. Hubo muchas advertencias. Los “amigos” no querían notar nada. Y esto no es sorprendente: la mayoría de estos caballeros habían sido fundamentalmente hostiles a la revolución de octubre y sólo se habían acercado a la Unión Soviética a medida que progresaba la degeneración termidoriana de ésta: la pequeña burguesía occidental reconoció entonces un alma gemela en la pequeña burguesía oriental.

¿Estos hombres creyeron sinceramente en las acusaciones de Moscú? Sólo los menos inteligentes creían en ella. Los demás no quisieron tomarse la molestia de una auditoría. ¿Valió la pena perturbar su halagadora, cómoda y a menudo provechosa amistad con las embajadas soviéticas? Además (no lo olvidaban) la verdad imprudente podría perjudicar el prestigio de la URSS. Estos hombres cubrieron el crimen por razones utilitarias, aplicando así claramente la regla: que el fin justifica los medios.

El Sr. Pritt, asesor de S.M. británica, que había tenido la oportunidad de echar un vistazo en Moscú bajo la túnica de Themis-estalinista y encontró su ropa interior en buen estado, el Sr. Pritt se encargó de hacer frente a la vergüenza. Romain Rolland, cuya autoridad moral es muy apreciada por los contables de la editorial soviética, se apresuró a publicar uno de sus manifiestos en el que se combina el lirismo melancólico con el cinismo senil. La Liga Francesa de Derechos Humanos, que condenó el “amoralismo” de Lenin y Trotsky en 1917 (cuando rompimos la alianza militar con Francia) se apresuró a cubrir los crímenes de Stalin en 1936, en interés del pacto franco-soviético. Vemos que el fin patriótico justifica todos los medios. En Estados Unidos, *The Nation* y *The New Republic* hicieron la vista gorda ante las hazañas de Yagoda, y la “amistad” con la URSS se convirtió en la prueba de su propia autoridad. Hace tan solo un año, estos caballeros no decían que el estalinismo y el trotskismo son idénticos. Estaban abiertamente con Stalin, por su mente realista, por su justicia, por su Yagoda. Mantuvieron esta actitud todo el tiempo que pudieron.

Hasta la ejecución de Tujachevsky, Yakir y los demás generales rojos, la gran burguesía de los países democráticos observaba, no sin satisfacción aunque afectando cierta repugnancia, el exterminio de los revolucionarios en la URSS; en este sentido, *The Nation* y *The New Republic*, por no hablar de los Duranty, Louis Fisher y otras plumas prostituidas, marchaban al encuentro de los intereses del imperialismo “democrático”. La ejecución de los generales perturbó a la burguesía al forzarla a comprender que la avanzada descomposición del régimen podría facilitar la tarea de Hitler, Mussolini y Mikado. El *New York Times* comenzó a rectificar, cautelosa pero tercamente, el tiro de su Duranty. *Le Temps* dejó traslucir en sus columnas una tenue luz sobre la situación real en la URSS. En cuanto a los moralistas y aduladores pequeñoburgueses, nunca fueron más que auxiliares de las clases capitalistas.

Finalmente, cuando la Comisión John Dewey⁵ formuló su sentencia, quedó claro para cualquier hombre, por más irreflexivo que fuese, que defender a plena luz al GPU era un riesgo de muerte política y moral. A partir de ese momento, los “amigos” decidieron invocar las verdades eternas de la moral, es decir, retirarse a sus trincheras de segunda línea.

Los estalinistas y semiestalinistas asustados no ocupan el último lugar entre los moralistas. M. H. Lyons tuvo una buena relación con la banda de los termidorianos de Moscú durante varios años y se consideraba casi bolchevique. Después de haber discutido con el Kremlin (y no nos importa por qué) se encontró inmediatamente en las nubes del idealismo. Liston Hook, gozaba hasta hace muy poco de tal crédito en la Komintern que era responsable de dirigir la propaganda republicana en inglés para España. Esto no le impidió, cuando renunció, abjurar de los primeros rudimentos del marxismo. Walter Krivitsky, que se negó a regresar a la URSS y rompió con la GPU, pasó inmediatamente a la democracia burguesa. La metamorfosis del septuagenario Charles Rappoport parece similar. Gente de esta catadura (es numerosa), con su estalinismo arrojado por la borda, no puede dejar de buscar compensación en los argumentos de la moral abstracta por su decepción o degradación ideológica. Pregúntenles por qué se pasaron de la Komintern y la GPU a la burguesía. Su respuesta está lista: “El trotskismo no es mejor que el estalinismo.”

⁵ La Comisión John Dewey, compuesta por personalidades eminentes pertenecientes a la sociedad intelectual de Estado Unidos estudió ampliamente los datos de los procesos de Moscú, escuchó a Trotsky, consultó sus archivos y estableció formalmente la inocencia de los dos principales acusados, Trotsky y su hijo [León Sedov](#). Nota de Victor Serge.

Disposición de las figuras del juego político

“El trotskismo es romanticismo revolucionario, el estalinismo político es realista.” No queda ya rastro de esta antinomia plana que, hasta ayer, le servía al filisteo medio para justificar su amistad con el Termidor contra la revolución. Ya no se opone al trotskismo y al estalinismo, se les identifica. En la forma y no en la esencia. Retrocediendo hasta el meridiano del “imperativo categórico”, los demócratas siguen defendiendo a la GPU, pero mejor enmascarados, más traicioneramente. Quien calumnia a las víctimas colabora con el verdugo. En este caso, como en otros, la moral se utiliza para la política.

El filisteo democrático y el burócrata estalinista son, si no gemelos, al menos hermanos espirituales. En política, en cualquier caso, están en el mismo bando. El sistema de gobierno de Francia se basa ahora en la colaboración de estalinistas, socialistas y liberales; lo mismo ocurre en España, donde los anarquistas se han unido a él. Si el Partido Laborista Independiente tiene tan pobre apariencia es porque, durante años, no ha salido de los abrazos de la Komintern. El Partido Socialista Francés excluyó a los trotskistas en el mismo momento en que se preparaba para la unidad orgánica con los estalinistas. Y si no se ha logrado esta unidad, no es por las diferencias de principios (¿qué queda?) sino porque los socialistas arribistas temían por sus trabajos. A su regreso de España, Norman Thomas dijo que los trotskistas estaban ayudando “objetivamente” a Franco; y gracias a este absurdo, el propio Norman Thomas proporcionó ayuda objetiva a los verdugos de la GPU. Este apóstol excluyó a los trotskistas de su partido en el mismo momento en que la GPU disparaba sobre sus camaradas en la URSS y España. En muchos países democráticos, los estalinistas están entrando con éxito en los servicios estatales a pesar de su “amoralismo”. En los sindicatos, hacen un excelente trabajo con burócratas de todos los demás matices. Los estalinistas, es cierto, tratan el código penal a la ligera en tiempos de paz, lo que asusta un poco a sus amigos “democráticos”; por otro lado, en circunstancias excepcionales, sólo se convierten con seguridad en los líderes de la pequeña burguesía a la que dirigen a la lucha contra el proletariado: ya lo hemos visto en España.

La Segunda Internacional y la F.S.I. de Ámsterdam, naturalmente, no asumieron la responsabilidad de las falsificaciones, prefiriendo dejarla en manos de la Komintern. Han guardado silencio. En las entrevistas privadas, sus personalidades explicaron que condenaron moralmente a Stalin, pero lo aprobaron políticamente. Sólo cuando el Frente Popular Francés reveló grietas irreparables, cuando los socialistas franceses tuvieron que pensar en el mañana, Léon Blum encontró en el fondo de su tintero las fórmulas esenciales de la indignación moral.

Otto Bauer culpa a la justicia de Vychinski con moderación sólo para apoyar la política de Stalin con más “imparcialidad”. El destino del socialismo, según una reciente declaración de Bauer, está ligado al de la URSS. “Y el destino de la URSS es el del estalinismo mientras (¡!) el desarrollo interno de la URSS no haya superado la fase estalinista...” ¡En esta magnífica frase está todo Bauer, todo el austromarxismo, todas las mentiras, toda la podredumbre de la socialdemocracia! “Mientras” la burocracia estalinista sea lo suficientemente fuerte como para exterminar a los representantes avanzados del “desarrollo interior” de la URSS, Bauer permanece con Stalin. ¡Cuando

las fuerzas revolucionarias derroquen a Stalin, a pesar de Bauer, Bauer reconocerá generosamente (con un retraso de diez años como máximo) este “desarrollo interior”!

El Buró de Londres de los socialistas centristas, que reúne felizmente los aspectos de un jardín de infancia, una escuela para adolescentes retrasados y un hogar para discapacitados, se arrastra a remolque de las antiguas internacionales. Su secretario, Fenner Brockway, comenzó afirmando que la investigación de los juicios de Moscú podría “perjudicar a la URSS” y acabó proponiendo, en cambio, abrir una investigación sobre... las actividades de Trotsky, estableciendo una comisión “imparcial” en la que habían entrado cinco opositores irreconciliables de Trotsky... Brandler y Lovestone se solidarizaron públicamente con Yagoda; sólo retrocedieron ante Ejoy; Jacob Walcher se negó, bajo un pretexto obviamente falso, a rendir ante la comisión de John Dewey un testimonio que sólo podía ser desfavorable para Stalin. La podrida moral de estos hombres es producto de su podrida política.

Pero el papel más triste probablemente pertenece a los anarquistas. Si el estalinismo y el trotskismo son idénticos, como afirman en cada línea, ¿por qué entonces los anarquistas españoles ayudan a los estalinistas a degollar a los trotskistas y, al mismo tiempo, a los anarquistas que siguieron siendo revolucionarios? Los teóricos libertarios más francos responden que este es el precio del suministro de armas soviético. En resumen, el fin justifica los medios. Pero, ¿cuál es su fin? ¿Anarquía? ¿Socialismo? No. La salvación de la democracia burguesa que allanó el camino al fascismo. A un fin bajo le corresponden medios sucios.

Esta es la verdadera disposición de las figuras del juego político en el escenario mundial.

El estalinismo es un producto de la vieja sociedad

Rusia ha dado el mayor salto de la historia: ese esfuerzo lo han realizado las fuerzas más progresistas del país. En la reacción actual, cuya escala es proporcional a la de la revolución, la inercia se venga. El estalinismo se convirtió en la encarnación de esta reacción. La barbarie de la vieja historia de Rusia, que resurge sobre nuevas bases sociales, parece aún más repugnante porque debe utilizar una hipocresía como la historia nunca antes ha conocido.

Los liberales y socialdemócratas occidentales, a los que hizo dudar la revolución de octubre de sus ideas trasnochadas, sintieron que sus fuerzas se recuperaban. La gangrena moral de la burocracia soviética les pareció que rehabilitaba al liberalismo. Los vemos exhibiendo viejos y gastados aforismos de este tipo: “Cada dictadura lleva la semilla de su propia disolución”; “sólo la democracia asegura el desarrollo de la personalidad”, y así sucesivamente. La oposición de la democracia a la dictadura, que implica en este caso la condena del socialismo en nombre del régimen burgués, sorprende, visto desde un punto de vista teórico, por la ignorancia y la mala fe de la que procede. La infección del estalinismo, una realidad histórica, se compara con la democracia, una abstracción suprahistórica. Sin embargo, la democracia también ha tenido una historia en la que no han escaseado las abominaciones. Para definir la burocracia soviética, tomamos prestados de la historia de la democracia burguesa los términos “Termidor” y “bonapartismo”, porque (como señalan las doctrinas atrasadas del liberalismo) la democracia no ha sido establecida por métodos democráticos, ni mucho menos. Sólo presumidos ignorantes pueden contentarse con razonar sobre el bonapartismo “hijo legítimo” del jacobinismo, el castigo histórico de los ataques a la democracia, etc. Sin la destrucción del feudalismo por métodos jacobinos, la democracia burguesa habría sido inconcebible. Es tan erróneo oponer las etapas históricas reales (el jacobinismo, el termidor, el bonapartismo) a la abstracción “democracia” como oponer el dolor del parto a la calma del recién nacido.

El estalinismo tampoco es una “dictadura” abstracta, es una vasta reacción burocrática contra la dictadura proletaria en un país atrasado y aislado. La revolución de octubre abolió los privilegios, declaró la guerra a la desigualdad social, reemplazó la burocracia por el gobierno de los trabajadores por los trabajadores, abolió la diplomacia secreta y trató de dar a las relaciones sociales plena transparencia. El estalinismo ha restaurado las formas más ofensivas de privilegio, ha dado un carácter provocativo a la desigualdad, ha sofocado la actividad espontánea de las masas por medio del absolutismo policial, ha hecho de la administración el monopolio de la oligarquía del Kremlin, ha devuelto la vida al fetichismo del poder de formas con las que la monarquía absoluta no se habría atrevido a soñar.

La reacción social, sea cual sea, debe ocultar su verdadero propósito. Cuanto más brutal sea la transición de la revolución a la reacción, más depende de las tradiciones de la revolución, es decir, más teme a las masas y más se ve obligada a recurrir a mentiras e imposturas en su lucha contra los partidarios de la revolución. Las imposturas estalinistas no son el resultado del amoralismo “bolchevique”; como todos los acontecimientos importantes de la historia, son el producto de una lucha social concreta y de la lucha social más páfida y cruel que existe: la de una nueva aristocracia contra las masas que la llevaron al poder.

En efecto, es necesario tener una total indigencia intelectual y moral para identificar la moral reaccionaria y policial del estalinismo con la moral revolucionaria de los bolcheviques. El partido de Lenin hace tiempo que dejó de existir; las dificultades internas y el imperialismo mundial lo han destrozado. Le ha sucedido la burocracia y es un aparato de transmisión del imperialismo. En la política mundial, la burocracia ha reemplazado la lucha de clases por la colaboración de clases, el internacionalismo por socialpatriotismo. Para adaptar el partido gobernante a las exigencias de la reacción, la burocracia “renovó” su personal exterminando a los revolucionarios y reclutando a los recién llegados.

Cualquier reacción resucita, nutre y refuerza los elementos del pasado histórico que la revolución ha golpeado sin lograr destruirlos. Los métodos estalinistas completan, llevan a la tensión más alta y también al absurdo, todos los procesos de mentiras, crueldad y degradación que constituyen el mecanismo de poder en cualquier sociedad dividida en clases, sin excluir la democracia. El estalinismo es un conglomerado de las monstruosidades del estado como lo ha hecho la historia; es también la caricatura fatal y la mueca repulsiva. Cuando los representantes de la vieja sociedad se oponen tranquilamente a la gangrena del estalinismo con una abstracción democrática esterilizada, tenemos todo el derecho a recomendar que ellos, como toda la vieja sociedad, se admiren en el espejo distorsionador del Termidor soviético. Es cierto que, por la franqueza de sus crímenes, la GPU supera con creces a todos los demás regímenes. La grandiosa escala de los acontecimientos trastornó a Rusia en el momento de la desmoralización de la era imperialista.

Moral y revolución

No faltarán, entre liberales y radicales, personas que hayan asimilado los métodos materialistas de interpretación de los acontecimientos y que se consideren marxistas, lo que no les impide seguir siendo periodistas, profesores o políticos burgueses. Sobra decir que el bolchevique no puede ser concebido sin un método materialista, en la moral como en otras cuestiones. Pero este método no sólo se utiliza para interpretar los acontecimientos, sino también para formar el partido revolucionario del proletariado, una tarea que sólo se puede llevar a cabo con total independencia de la burguesía y su moral. Pero la opinión pública burguesa domina plenamente el movimiento obrero oficial, desde William Green en Estados Unidos hasta García Oliver en España y Léon Blum y Maurice Thorez en Francia. El carácter reaccionario del período actual encuentra en este hecho su expresión más profunda.

El marxista revolucionario no puede abordar su tarea histórica sin haber roto moralmente con la opinión pública de la burguesía y sus agentes dentro del proletariado. Esta ruptura requiere una valentía moral de otro calibre que la de la gente que va a las reuniones públicas gritando: “¡Abajo Hitler, abajo Franco!” Y es precisamente esta ruptura decisiva, profundamente pensada e irrevocable, entre los bolcheviques y la moral conservadora de la gran burguesía, y también de la pequeña burguesía, lo que causa un miedo mortal a los charlatanes de la democracia, a los profetas de los salones, a los héroes de pasillo. De ahí sus lamentaciones sobre el “amoralismo” de los bolcheviques.

Su manera de identificar la moralidad burguesa con la moralidad “en general” probablemente se verifica mejor en el extremo izquierdo de la pequeña burguesía, más precisamente en los partidos centristas del Buró Internacional Socialista, llamado de Londres. “Admitiendo” el programa de la revolución proletaria esta organización, nuestras diferencias de opinión con ella parecen a primera vista secundarias. En realidad, su admisión del programa revolucionario no vale nada porque no le obliga a hacer nada. Los centristas “admiten” la revolución proletaria como los kantianos admiten el imperativo categórico, es decir, como un principio sagrado que no se puede aplicar en la vida cotidiana. En la política práctica, se unen contra nosotros con los peores enemigos de la revolución, reformistas y estalinistas. Su pensamiento está impregnado de duplicidad e hipocresía. Si en general no llegan a crímenes sobrecogedores, es porque siempre permanecen en el trasfondo de la política: en cierto modo son los carteristas de la historia, y precisamente por eso creen que están llamados a dar al movimiento obrero una nueva moralidad.

A la extrema izquierda de esta hermandad “avanzada” se encuentra un pequeño grupo políticamente insignificante de inmigrantes alemanes, que publican la revista *Neuer Weg*. Agachémonos un poco y escuchemos a estos críticos “revolucionarios” del amoralismo bolchevique. El *Neuer Weg*, adoptando el tono de una alabanza bidireccional, escribe que los bolcheviques difieren ventajosamente de los otros partidos en que no tienen hipocresía: proclaman en voz alta lo que otros hacen en silencio y, por ejemplo, aplican así el principio de que “el fin justifica los medios”. En opinión del *Neuer Weg*, esta regla “burguesa” es incompatible con un “movimiento socialista sano”. “La mentira y lo que es peor, no está permitida en la lucha, como Lenin pensaba

todavía”. “Todavía” significa aquí que Lenin no tuvo tiempo de repudiar este error ya que murió antes del descubrimiento de la “nueva vía” (*Neuer Weg*).

En la expresión “la mentira y lo peor”, la segunda parte de la frase significa obviamente: violencia, asesinato, etc., porque, si todas las demás cosas son iguales, la violencia es peor que la mentira y el asesinato es la forma extrema de violencia. De esta manera, podemos concluir que la mentira, la violencia y el asesinato son incompatibles con “un movimiento socialista sano”. Pero, ¿qué hacer con la revolución? La guerra civil es la más cruel de todas las guerras. No es concebible sin violencia contra terceros y, teniendo en cuenta la tecnología moderna, sin muertes de ancianos y niños. ¿Tenemos que recordar España? La única respuesta que los “amigos” de la España republicana podrían darnos es que la guerra civil es preferible a la esclavitud fascista. Pero esta respuesta absolutamente correcta sólo significa que el fin (democracia o socialismo) justifica, bajo determinadas circunstancias, “medios” como la violencia y la muerte. ¡No hay necesidad de hablar de la mentira! La guerra es tan inconcebible sin mentiras como la máquina sin lubricación. Con el único propósito de proteger a las Cortes de las bombas fascistas, el gobierno de Barcelona engañó deliberadamente a los periodistas y a la población en varias ocasiones. ¿Podría hacer otra cosa? Quien quiera el fin (victoria sobre Franco) debe querer los medios (la guerra civil con su procesión de horrores y crímenes).

Y sin embargo, ¿no son las mentiras y la violencia condenables en “sí mismas”? Ciertamente, para ser condenadas al mismo tiempo que la sociedad dividida en clases que las genera. La sociedad sin antagonismos sociales, por supuesto, estará libre de mentiras y violencia. Pero un puente hacia ella sólo puede construirse con métodos violentos. La revolución es en sí misma el producto de una sociedad dividida en clases de las que necesariamente lleva la marca. Desde el punto de vista de las “verdades eternas”, la revolución es naturalmente “inmoral”. Esto sólo nos enseña que la moral idealista es contrarrevolucionaria, es decir, que está al servicio de los explotadores. “Pero la guerra civil”, puede decir el filósofo sorprendido, “es una dolorosa excepción. En tiempos de paz, un movimiento socialista saludable debe prescindir de mentiras y violencia.” Es sólo una lamentable evasión. No hay fronteras infranqueables entre la lucha pacífica de las clases y la revolución. Cada huelga contiene las semillas de todos los elementos de la guerra civil. Las dos partes implicadas se esfuerzan en conferir una idea exagerada de su grado de resolución y de sus recursos. Gracias a su prensa, agentes y soplones, los capitalistas buscan intimidar y desmoralizar a los huelguistas. Cuando la persuasión resulta ineficaz, los piquetes se ven obligados, por su parte, al uso de la fuerza. Vemos que “las mentiras y lo que es peor” son inseparables de la lucha de clases desde su forma embrionaria. Queda por añadir que las nociones de verdad y mentira nacieron de las contradicciones sociales.

La revolución y los rehenes

Stalin ordena arrestar y fusilar a los hijos de sus oponentes, fusilados estos últimos bajo acusaciones falsas. Las familias son utilizadas como rehenes para obligar a los diplomáticos soviéticos, capaces de poner en duda la integridad de Yagoda o de Ejov, a regresar del extranjero. Los moralistas de la *Neuer Weg* creen que deben recordar al respecto que Trotsky “también” utilizó una ley de rehenes en 1919. Pero debemos citar textualmente: “La detención de familias inocentes por parte de Stalin es una barbarie escandalosa. Sigue siendo una acción bárbara cuando es ordenada por Trotsky (1919)” ¡He aquí la moral idealista en toda su belleza! Sus criterios son tan falsos como las normas de la democracia burguesa: en ambos casos se asume la igualdad donde no hay ni sombra de igualdad.

No insistamos aquí en el hecho de que el decreto de 1919 muy probablemente no hizo fusilar a ninguno de los parientes de los oficiales cuya traición nos costó incontables vidas y amenazó con matar a la revolución. En el fondo, no se trata de eso. Si la revolución hubiera mostrado menos generosidad innecesaria desde el principio, se habrían salvado miles de vidas más tarde. En cualquier caso, soy plenamente responsable del decreto de 1919. Este fue un paso necesario en la lucha contra los opresores. Ese decreto, como toda la guerra civil, que también podría llamarse con razón una “barbarie repugnante”, no tiene otra justificación que el objeto histórico de la lucha.

Dejemos que un tal Emil Ludwig y los de su ralea nos hagan retratos de Abraham Lincoln con pequeñas alas rosas. La importancia de Lincoln radica en el hecho de que, para lograr el gran objetivo histórico establecido por el desarrollo del joven pueblo estadounidense, no se resistió a aplicar las medidas más rigurosas cuando fueron necesarias. La cuestión ni siquiera es cuál de los beligerantes sufrió o infligió las mayores pérdidas. La historia tiene diferentes medidas para las crueldades de los sureños y los norteños en la Guerra Civil Norteamericana. ¡Cuántos eunucos despreciables vienen a argumentar que el esclavista que, mediante el engaño y la violencia, encadena a un esclavo es ante la moral igual al esclavo que, mediante el engaño y la violencia, rompe sus cadenas!

Cuando la Comuna de París fue ahogada en sangre y los canallas reaccionarios de todo el mundo empezaron a arrastrar su bandera por el barro, muchos filisteos demócratas se encontraron difamando junto a la reacción a los comuneros que habían ejecutado a 64 rehenes y entre ellos al arzobispo de París. Marx no dudó ni un momento en defender esta acción sangrienta de la Comuna. En una circular del Consejo General de la Internacional, Marx nos recuerda (y uno cree oír la lava burbujeando bajo estas líneas) que la burguesía utilizó el sistema de rehenes en la lucha contra los pueblos de las colonias y en la lucha contra su propio pueblo. Hablando entonces de las ejecuciones metódicas de los comuneros encarcelados, escribió: “Todo lo que le quedaba a la Comuna para defender la vida de sus combatientes encarcelados era recurrir a la toma de rehenes, como era costumbre entre los prusianos. Las vidas de los rehenes se perdieron y se volvieron a perder porque los versalleses seguían fusilando a sus prisioneros. ¿Fue posible perdonar a los rehenes después de la horrible carnicería con la que los pretorianos de Mac-Mahon marcaron su entrada en París? ¿El último contrapeso al salvajismo del gobierno burgués (la toma de rehenes) no iba a ser más que una

burla?” Tal era el lenguaje de Marx sobre la ejecución de los rehenes, aunque tenía detrás de él, en el Consejo General de la Internacional, a muchos Fenner Brockway, Norman Thomas y otros Otto Bauer. La indignación del proletariado mundial ante las atrocidades cometidas por los versalleses fue tan grande que los barulleros reaccionarios prefirieron permanecer en silencio, esperando tiempos mejores para ellos, y estos tiempos, desgraciadamente, no tardaron en llegar. Los moralistas pequeñoburgueses unidos a los funcionarios de los sindicatos y los charlatanes anarquistas sólo torpedearon la Primera Internacional cuando la reacción había triunfado definitivamente.

Cuando la revolución de octubre resistió a las fuerzas unidas del imperialismo en un frente de 8.000 kilómetros, los trabajadores de todos los países siguieron esta lucha con una simpatía tan ardiente que habría sido arriesgado denunciar la toma de rehenes como “barbarie repugnante” ante ellos. Fue necesaria la degeneración total del estado soviético y el triunfo de la reacción en varios países para que los moralistas salieran de sus agujeros... y vinieran al rescate de Stalin. Porque si las medidas represivas tomadas para defender los privilegios de la nueva aristocracia tienen el mismo valor moral que las medidas revolucionarias tomadas en la lucha liberadora, Stalin está plenamente justificado, a menos que... a menos que la revolución proletaria sea condenada en bloque.

Al buscar ejemplos de inmoralidad en la guerra civil rusa, los moralistas se ven obligados a hacer la vista gorda ante el hecho de que la guerra civil española también ha restaurado la ley de los rehenes, al menos en el período en que hubo una verdadera revolución de las masas. Si los detractores aún no se han tomado la libertad de condenar la “barbarie repugnante” de los trabajadores españoles, es sólo porque el terreno de la península ibérica está demasiado caliente bajo sus pies. Es mucho más conveniente para ellos volver a 1919. Ya es historia. Los ancianos han tenido tiempo para olvidar, los jóvenes no lo han tenido para aprender. Por la misma razón, los fariseos de todos los colores regresan con tanta obstinación a Kronstadt y Majno: ¡las secreciones morales pueden tener rienda suelta aquí!

La moral de los cafres

La historia toma caminos crueles, debemos estar de acuerdo con los moralistas. Pero, ¿qué conclusión se puede sacar de esto para la actividad práctica? León Tolstoi les recomendó a los hombres que fueran más simples y mejores. Mahatma Gandhi les aconsejó que bebieran leche de cabra. ¡Desgraciadamente! Los moralistas de la *Neuer Weg* no están tan lejos de estas recetas. Predican que: “debemos liberarnos de esta moralidad de cafres para la que solo es malo lo que hace el enemigo...” ¡Admirable consejo: “debemos liberarnos...! Tolstoi también recomendaba la liberación del pecado de la carne. La estadística no nos demuestra que su propaganda haya tenido éxito. Nuestros homúnculos centristas han logrado elevarse hasta las cumbres de la moral superior a las clases en una sociedad dividida en clases. Pero he ahí que hace ya casi dos mil años que se ha dicho: “amad a vuestros enemigos...” Y, sin embargo, el mismo Santo Padre de Roma no se ha liberado del odio de sus enemigos. ¡El Diablo, enemigo de la humanidad, es realmente poderoso!

Aplicar criterios diferentes a las acciones de los explotadores y de los explotados sería, en opinión de los pobres homúnculos, elevarlas al nivel de la “moral del cafre”. En primer lugar, preguntémonos si es apropiado que los “socialistas” profesen tal desprecio hacia los cafres. ¿Es realmente tan detestable la moralidad de los cafres? Esto es lo que dice la *Enciclopedia Británica*:

“Dan pruebas de tacto e inteligencia en sus relaciones sociales y políticas; son extremadamente valientes, beligerantes y hospitalarios: eran honestos y veraces hasta que el contacto con los blancos los hizo recelosos, vengativos y ladrones, y eso hasta que asimilaron la mayoría de los vicios de los europeos.” No se puede dejar de concluir que los misioneros blancos, predicadores de la moral eterna, contribuyeron a la corrupción de los cafres.

Si le dijéramos a un trabajador cafre que los trabajadores, al insurreccionándose en algún lugar del planeta, han sorprendido a sus opresores, él estaría encantado. Al contrario, lamentaría saber que los opresores han logrado engañar a los oprimidos. El cafre, a quien los misioneros no corrompieron hasta la médula ósea, nunca aceptará aplicar las mismas normas de moralidad abstracta a los opresores y a los oprimidos. Por otro lado, comprenderá muy bien, si se le explica, que el propósito de estas normas es precisamente impedir la rebelión de los oprimidos contra los opresores.

Una coincidencia extraordinaria: los misioneros del *Neuer Weg* tuvieron que calumniar a los bolcheviques calumniando a los cafres al mismo tiempo; y en ambos casos, la calumnia sigue el curso de la mentira oficial burguesa: contra los revolucionarios y contra las razas de color. ¡Definitivamente preferimos a los cafres en vez de a todos los religiosos o misioneros laicos!

Pero no sobreestimemos el grado de conciencia de los moralistas del *Neuer Weg* y de otros callejones sin salida. Sus intenciones no son tan malas. A pesar de ellos sirven como palancas en el engranaje de reacción. En una época como la nuestra, cuando los partidos pequeñoburgueses se aferran a la burguesía o a su sombra (la política de los frentes populares), paralizan al proletariado y abren el camino al fascismo

(España, Francia...), los bolcheviques, es decir, los marxistas revolucionarios, se vuelven particularmente odiosos a la opinión pública burguesa. La presión política más fuerte estos días es de derecha a izquierda. Finalmente, todo el peso de la reacción recae sobre los hombros de una pequeña minoría revolucionaria. Esta minoría revolucionaria se llama la Cuarta Internacional. ¡Ahí está el enemigo!

El estalinismo ocupa una serie de posiciones dominantes en el ciclo de reacción. Así o no, todos los grupos de la sociedad burguesa, incluidos los anarquistas, recurren a su ayuda contra la revolución proletaria. Mientras tanto, los pequeñoburgueses demócratas intentan rechazar, al menos en un 50%, los atroces crímenes de su aliado moscovita contra la irreductible minoría revolucionaria. Este es el significado del dicho de moda: “El trotskismo y el estalinismo son idénticos”. Los opositores de los bolcheviques y los cafres ayudan así a la reacción de calumniar al partido de la revolución.

El “amoralismo” de Lenin

Los socialistas-revolucionarios rusos siempre fueron los hombres más morales; eran básicamente pura ética. Esto no les impidió engañar a los campesinos durante la revolución. Uno de ellos, Zenzinov, escribió en el órgano parisino de Kerensky (de este socialista ético precursor de Stalin en la fabricación de falsificaciones contra los bolcheviques): “Lenin enseñó, como sabemos, que, para lograr el fin que se proponen, los bolcheviques pueden y a veces deben “utilizar diversas estrategias, el silencio y el disimulo de la verdad”...” (*Novaya Rossiia*, 17 de febrero de 1938).

Desafortunadamente, este detractor moral ni siquiera sabe cómo producir honestamente una cita. Lenin escribió: “Es necesario saber consentir a todo, a todos los sacrificios e incluso (si es necesario) utilizar diversas estratagemas, trucos, procesos ilegales, silencio y ocultación de la verdad para entrar en los sindicatos, para permanecer allí, para llevar a cabo la acción comunista a toda costa”. La necesidad de estratagemas y trucos, según la explicación de Lenin, surgió del hecho de que la burocracia reformista, al entregar a los trabajadores al capital, perseguía a los revolucionarios e incluso apelaba contra ellos ante la policía burguesa. El “engaño” y el “ocultamiento de la verdad” son en este caso sólo los medios de autodefensa contra la perfidia de la burocracia reformista.

El partido de Zenzinov luchó una vez contra el viejo régimen y luego contra el bolchevismo ilegalmente. En ambos casos, utilizó trucos, estratagemas, pasaportes falsos y otras formas de “ocultación de la verdad”. Todos estos medios fueron considerados por él no sólo como morales, sino también heroicos porque correspondían a los propósitos de la democracia pequeñoburguesa. Pero su situación cambia tan pronto como los revolucionarios proletarios se ven obligados a recurrir a los medios de la ilegalidad contra esta democracia. La clave de la ética de estos caballeros está, como podemos ver, en su espíritu de clase.

El “amoralista” Lenin recomienda abiertamente, a la luz de la prensa, el uso de trucos de guerra contra los líderes que traicionan al movimiento obrero. El moralista Zenzinov trunca a sabiendas este texto, por ambas partes, para engañar a sus lectores. El detractor moral es, como siempre, un sinvergüenza sin remedio. ¡Lenin no se equivocó al repetir que es terriblemente difícil encontrarse con un oponente de buena fe!

El obrero que no oculta al capitalista la “verdad” sobre las intenciones de los huelguistas es simplemente un traidor que sólo merece desprecio y boicot. El soldado que comunica la “verdad” al enemigo es castigado como espía. El propio Kerensky intentó acusar fraudulentamente a los bolcheviques de comunicar la “verdad” a Ludendorff. Así ¿la “santa verdad” no será un fin en sí misma? La dominan criterios imperativos, que, según el análisis, se basan en el espíritu de clase.

La lucha a muerte no es concebible sin la astucia de la guerra, es decir, sin mentiras y engaños. ¿Pueden los proletarios alemanes no engañar a la policía de Hitler? ¿Acaso los bolcheviques soviéticos carecen de moralidad al engañar a la GPU? La burguesía honesta aplaude la habilidad del policía que logra atrapar a un gánster peligroso con la astucia de un gánster peligroso. ¿Y el truco no está permitido cuando se trata de derrocar a los gánsteres imperialistas?

Norman Thomas habla del “extraño amoralismo comunista que no tiene en cuenta nada más que el partido y su poder” (“that strange Communist amorality in

which nothing matters but the party and its power”), *Socialist Call*, 12 de marzo de 1938. Al hacerlo, Thomas confunde la actual Komintern, es decir, el complot de la burocracia estalinista contra la clase obrera, con el partido bolchevique, que encarnaba el complot de los trabajadores avanzados contra la burguesía. Hemos refutado suficientemente esta identificación totalmente deshonesta. El estalinismo no hace más que camuflarse a través de la adoración del partido; en realidad, destruye y arrastra por el barro al partido. Pero es cierto que el partido lo es todo para el bolchevique. Esta actitud del revolucionario hacia la revolución sorprende y repele al socialista de salón, que no es más que un burgués con un “ideal” socialista. A los ojos de Norman Thomas y los de su calaña, el partido es sólo el instrumento de las combinaciones electorales y de otro tipo. La vida privada del hombre, sus relaciones, sus intereses, su moral están fuera del partido. N. Thomas considera con una aversión mezclada con estupor al bolchevique para quien el partido es el instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad, incluida la moral. En el revolucionario marxista no puede haber contradicción entre la moral personal y los intereses del partido, porque el partido abarca en su conciencia las más altas tareas y fines de la humanidad. Sería ingenuo creer después de eso que el Sr. Thomas tiene nociones morales más elevadas que los marxistas. Sólo tiene una idea mucho más baja del partido.

“Todo lo que nace es digno de perecer”, dice el dialéctico Hegel. El fin del partido bolchevique (un episodio de la reacción global) no disminuye su importancia en la historia del mundo. En el momento de su ascenso revolucionario, es decir, cuando realmente representaba a la vanguardia proletaria, era el partido más honesto de la historia. Cuando podía, engañaba naturalmente a las clases enemigas; luego decía a los obreros la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad. Gracias a esto, se ganó su confianza como ningún otro partido en el mundo.

Los funcionarios de las clases dominantes tratan al constructor de este partido de “inmoral”. A los ojos de los trabajadores conscientes, esta acusación es un crédito para él. Significa que Lenin se negó a aceptar las normas morales establecidas por los esclavistas para los esclavos (y que los esclavistas nunca observaron para sí mismos); significa que Lenin invitó al proletariado a extender la lucha de clases al dominio moral. ¡Quien se somete a las reglas establecidas por el enemigo nunca ganará!

El “amoralismo” de Lenin, es decir, su negativa a admitir una moral superior a la de las clases, no le impidió permanecer fiel al mismo ideal a lo largo de toda su vida; entregarse enteramente a la causa de los oprimidos; ser muy escrupuloso en la esfera de las ideas y valiente en la acción; no tener la más mínima petulancia respecto al “simple trabajador”, la mujer indefensa y el niño. ¿No parece que el amoralismo en este caso es sólo sinónimo de una moral humana superior?

Un episodio edificante

Es indudablemente útil contar aquí un episodio que, aunque de poca importancia en sí mismo, ilustra muy bien la diferencia entre “su” moralidad y “la nuestra”. En 1935, en cartas a mis amigos belgas, desarrollé la idea de que un joven partido revolucionario que intentase crear “sus propios” sindicatos se suicidaría. Teníamos que encontrar a los trabajadores donde estaban. Pero, ¿esto es contribuir al mantenimiento de un dispositivo oportunista? Por supuesto, respondí, hay que pagar por el derecho a socavar a los reformistas. Pero ¿los reformistas nos permitirán hacer un trabajo de zapa contra ellos? Por supuesto, respondí de nuevo, el trabajo de zapa requiere algunas precauciones conspirativas. Los reformistas forman la policía política de la burguesía dentro de la clase obrera. Hay que saber cómo actuar sin su permiso y a pesar de sus prohibiciones... Durante un registro aleatorio en casa del camarada D..., a consecuencia, si no me equivoco, de un caso de suministro de armas a la clase obrera española, la policía belga se apoderó de mi carta. Pocos días después, esta carta fue publicada. La prensa de Vandervelde, Man y Spaak no escatimó su ira contra mi “maquiavelismo” o “jesuitismo”. ¿Pero quiénes eran mis censores? Presidente de la Segunda Internacional durante muchos años, Vandervelde se había convertido desde hacía tiempo en el hombre de confianza del capital belga. De Man, después de años de utilizar volúmenes masivos para ennoblecer el socialismo, gratificándolo con una moral idealista y acercándose a la religión, aprovechó la primera oportunidad para engañar a los trabajadores y convertirse en un ministro ordinario de la burguesía. En el caso de Spaak, la situación es aún más sorprendente. Dieciocho meses antes, este caballero, miembro de la oposición socialista de izquierdas, me había pedido consejo sobre cómo luchar contra la burocracia de Vandervelde. Le expliqué las ideas que más tarde se reflejaron en mi carta. Un año después, dejó las espinas por la rosa. Traicionando a sus amigos de la oposición, se convirtió en uno de los ministros más cínicos del capital belga. En los sindicatos y en su partido, estos señores reprimen toda crítica, desmoralizan y corrompen sistemáticamente a los trabajadores más avanzados y excluyen sistemáticamente a los indóciles. Se diferencian de la GPU sólo en que proceden por el momento sin derramamiento de sangre; como buenos patriotas, reservan la sangre de la clase obrera para la próxima guerra imperialista. Y está claro: ¡hay que ser una emanación del infierno, un “cafre”, un bolchevique, para dar a los obreros revolucionarios el consejo de observar en la lucha contra estos señores las reglas de la conspiración!

Desde el punto de vista de la legalidad belga, mi carta no contenía nada criminal. A la policía de un país democrático se le habría exigido que se le devolviera al receptor, con sus disculpas. La prensa del partido socialista debería haber protestado contra este registro, que fue dictado por los intereses del general Franco. Sin embargo, los socialistas no sintieron la más mínima vergüenza al aprovechar el servicio intrusivo que les ofrecía la policía; de lo contrario, no habrían tenido esta feliz oportunidad de demostrar una vez más la superioridad de su moral sobre el amoralismo de los bolcheviques.

Todo es simbólico en este episodio. Los socialistas belgas me abrumaron con su indignación, al igual que sus camaradas en Noruega mantenían a mi esposa y a mí encerrados para que no pudiéramos defendernos de las acusaciones de la GPU. El

gobierno noruego sabía muy bien que las acusaciones de Moscú estaban siendo falsificadas; el órgano oficial de la socialdemocracia noruega lo escribió con todas las letras desde los primeros días. Pero Moscú golpeó a los armadores noruegos y a los comerciantes de pescado en los bolsillos, y los socialdemócratas cayeron de inmediato de bruces. El líder del partido, Martin Tranmael, es más que una autoridad en moralidad; es un hombre justo: no bebe ni fuma, es vegetariano y se baña en invierno en agua helada. Esto no le impidió, después de habernos arrestado por orden de la GPU, invitar al agente noruego de la GPU, Jacob Friese, un burgués sin honor ni conciencia, a calumniarme en particular. Pero ya es suficiente...

La moral de estos caballeros consiste en reglas convencionales y procedimientos de oratoria diseñados para cubrir sus intereses, apetitos y miedos. La mayoría de ellos están preparados para todo tipo de bajezas (negación, traición, perfidia) por ambición y beneficio. En la esfera sagrada de los intereses personales, el fin justifica para ellos todos los medios. Precisamente por eso necesitan un código moral particular, práctico y al mismo tiempo elástico, como los buenos tirantes. Odian a cualquiera que comparta sus secretos comerciales con las masas. En tiempos de paz, su odio se expresa a través de insultos, vulgares o “filosóficos”. Cuando los conflictos sociales toman la forma más aguda, como en España, estos moralistas, junto con el GPU, exterminan a los revolucionarios. Luego, para justificarse, repiten que “trotskyismo y estalinismo son una misma cosa”.

Interdependencia dialéctica del fin y los medios

Los medios sólo pueden justificarse por el fin. Pero el fin también necesita justificación. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin se justifica si conduce al aumento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre.

¿Esto quiere decir que todo está permitido para alcanzar ese fin?, nos preguntará sarcásticamente el filisteo, revelando que no ha entendido nada. Todo lo que realmente conduce a la liberación de los hombres está permitido, responderemos. Puesto que este fin sólo puede lograrse por medios revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado tiene necesariamente un carácter revolucionario. Como a los dogmas de la religión, se opone irreductiblemente a los fetiches del idealismo, cualesquiera que sean, esos gendarmes filosóficos de la clase dominante. Deduce las reglas de la conducta de las leyes de desarrollo social, es decir, sobre todo de la lucha de clases, que es la ley de las leyes.

El moralista sigue insistiendo:

¿Quiere decir eso que en la lucha de clases contra el capitalismo todos los medios están permitidos? ¿La mentira, la falsificación, la traición, el asesinato y etc.?”?

Le responderemos: sólo son admisibles y obligatorios los medios que aumentan la cohesión del proletariado, le infunden en el alma un odio inextinguible a la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus seguidores democráticos, lo imbuyen de la conciencia de su propia misión histórica, aumentan su valor y su abnegación. De ello se deduce precisamente que no todos los medios están permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, el resultado para nosotros es que el gran fin revolucionario rechaza, de entre sus medios, los procesos y métodos indignos que ponen a parte de la clase obrera en contra del resto; o que tratan de hacer felices a las masas sin su propia ayuda; o que disminuyen la confianza de las masas en sí mismas y en su organización substituyéndola por el culto de los “jefes”. Sobre todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo frente a la burguesía y la altanería frente a los trabajadores, es decir, uno de los rasgos más profundos de la mentalidad de los pedantes y moralistas pequeñoburgueses.

Estos criterios no dicen, por supuesto, lo que es permisible o inaceptable en una situación determinada. No puede haber tales respuestas automáticas. Las cuestiones de moral revolucionaria se confunden con las de estrategia y táctica revolucionaria. La experiencia viva del movimiento, iluminada por la teoría, les da la respuesta correcta.

El materialismo dialéctico no separa el fin de los medios. El fin se deduce naturalmente del futuro histórico. Los medios están orgánicamente subordinados al fin. El fin inmediato se convierte en el medio del fin posterior... En su drama *Franz von Sickingen*, Ferdinand Lassalle hace que uno de sus personajes diga:

*No muestres solamente la meta, muestra también el camino,
pues la meta y el camino están tan unidos
que una cambia en otro y se mueve con él
y un nuevo camino muestra una nueva meta*

Los versos de Lassalle son muy imperfectos. El propio Lassalle, y esto es aún más desafortunado, se apartó en su política práctica de la regla que expresó de esta manera: sabemos que llegó a negociaciones secretas con Bismarck. Pero la interdependencia del fin y los medios está bien expresada en estos cuatro versos. Es necesario sembrar un grano de trigo para obtener una espiga de trigo.

¿Es aceptable o no el terrorismo individual desde el punto de vista de la “moral pura”? En esta forma abstracta, la pregunta es completamente inútil para nosotros. La burguesía conservadora suiza sigue elogiando oficialmente al terrorista Guillermo Tell. Nuestras simpatías se dirigen a los terroristas irlandeses, rusos, polacos e hindúes que luchan contra un yugo político y nacional. Kirov, un sátrapa brutal, no despierta compasión en nosotros. Nos mantenemos neutrales con respecto a la persona que lo mató sólo porque ignoramos sus motivos. Si supiéramos que Nikolaiev golpeó conscientemente con la intención de vengar a los trabajadores cuyos derechos pisoteó Kirov, nuestras simpatías irían sin reservas al terrorista. Pero lo que decide a nuestros ojos no es el motivo subjetivo, sino la utilidad objetiva. ¿Este método puede llevarnos a la meta? En lo tocante al terrorismo individual, la teoría y la experiencia demuestran lo contrario. Le decimos al terrorista: no es posible reemplazar a las masas; tu heroísmo sólo se aplicaría de manera útil dentro de un movimiento de masas. En las condiciones de una guerra civil, el asesinato de ciertos opresores deja de ser terrorismo individual. Si un revolucionario hiciese saltar por los aires al general Franco y a su estado mayor, es dudoso que este acto despertase indignación moral, incluso entre los eunucos de la democracia. En tiempos de guerra civil, tal acto sería políticamente útil. Por lo tanto, en el tema más grave (el del homicidio) las reglas morales absolutas son completamente ineficaces. El juicio moral está condicionado, junto al juicio político, por las necesidades internas de la lucha.

La emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los propios trabajadores. Por lo tanto, no hay mayor crimen que engañar a las masas, hacer que las derrotas parezcan victorias, que los amigos parezcan enemigos, que se compren líderes, que se fabriquen leyendas, que se monten juicios sobre mentiras, en una palabra, que se haga lo que hacen los estalinistas. Estos medios sólo pueden utilizarse para un fin: prolongar la dominación de un círculo ya condenado por la historia. No pueden ser utilizados para la emancipación de las masas. Por eso la IV Internacional apoya una lucha a muerte contra el estalinismo.

No hace falta decir que las masas no están libres de pecado. No estamos dispuestos a idealizarlas. Las hemos visto en diversas circunstancias, en distintas etapas, en medio de los mayores trastornos. Observamos sus debilidades y cualidades. Sus cualidades: decisión, abnegación, heroísmo, siempre encontraron su máxima expresión en los períodos de auge de la revolución. En esos tiempos, los bolcheviques estaban a la cabeza de las masas. Se abrió entonces otro capítulo de la historia, cuando se revelaron las debilidades de los oprimidos: heterogeneidad, cultura insuficiente, falta de horizontes. Cansadas y decepcionadas, las masas se desmoronaron, perdieron la fe en sí mismas y dieron paso a una nueva aristocracia. En este período los bolcheviques (los “trotskystas”) se encontraron aislados de las masas. Hemos pasado por casi dos ciclos similares: 1897-1905, años de flujo; 1907-1913, años de decadencia; 1917-1923, años marcados por un auge sin precedentes en la historia; y luego un nuevo período de reacción que aún no ha terminado. Gracias a estos acontecimientos, los “trotskystas” han aprendido a conocer el ritmo de la historia, es decir, la dialéctica de la lucha de clases. Han aprendido y, al parecer, han logrado subordinar sus planes programas subjetivos a este ritmo objetivo. Han aprendido a no desesperar porque las leyes de la historia no dependen de nuestros gustos individuales o criterios morales. Han aprendido

a subordinar sus gustos individuales a estas leyes. Se les enseña a no temer a los enemigos más poderosos, si el poder de estos enemigos está en contradicción con los requisitos del desarrollo histórico. Saben vencer la corriente con la profunda convicción de que la afluencia histórica de un nuevo poder los llevará al otro lado. No todos; muchos se ahogarán en el camino. ¡Pero participar en el movimiento con los ojos abiertos y una voluntad tensa es la satisfacción moral por excelencia que se le puede dar a un ser pensante!

P.D. Escribía estas páginas sin saber que, en esos días, mi hijo estaba luchando con la muerte. Dedico a su memoria esta breve obra que, espero, habría encontrado su aprobación: porque León Sedov era un auténtico revolucionario y despreciaba a los fariseos.

Coyoacán, 16 de febrero de 1938

Apéndices

Texto de la “nota del editor” de las Éditions du Sagittaire

Su moral y la nuestra traducido por Victor Serge

Se trata de un libro recientemente escrito.

Para Trotsky no hay moral en sí, moral ideal o eterna. La moral es relativa a cada sociedad, a cada época, relativa sobre todo en función de los intereses de las clases sociales.

En la actual hora, la mayoría de los países viven bajo una moral burguesa. En los países de democracia liberal, los intereses de la burguesía se ocultan bajo una moral ideal, moral conforme con los intereses de la burguesía, por supuesto.

La verdadera moral debe defender los intereses de la misma humanidad, representada por el proletariado. Trotsky piensa que su partido, anteriormente en el poder y hoy en día en la oposición, siempre ha representado al verdadero proletariado y asimismo la verdadera moral.

Por ejemplo, concluye esto: fusilar a rehenes adquiere un significado completamente diferente según la orden esté dada por Stalin o por Trotsky, o por la burguesía. Esta orden es válida moralmente si tiene por objetivo y efecto táctico la victoria revolucionaria de la clase proletaria. Así, Trotsky *defiende* el decreto que él usó en 1919 y que autorizaba el sistema de rehenes (mujer e hijos del adversario...), pero juzga *abominable* ese mismo sistema cuando lo aplica Stalin (que, por ejemplo, amenaza a la familia de un diplomático para obligarlo a volver a Rusia) porque Stalin actúa así para defender a la burocracia contra el proletariado.

Trotsky declara, apoyándose en Lenin, que: *el fin justifica los medios* (con la condición que los medios no sean inútiles: ejemplo, el terrorismo individual es vano en general). Ningún cinismo en esta actitud sino, dice el autor, constatación de los hechos. Trotsky declara tener una aguda conciencia de esos hechos, conciencia que constituye *su sentido moral*.

El contenido de esta obra no es, sin duda, completamente nuevo, pero jamás ha sido expresado con tanta claridad y formulado tan netamente. En lo tocante a toda una categoría de intelectuales y escritores de izquierda, los ardides y la violencia deben emplearse sin dudar si están al servicio de un objetivo justificado y, así, representan, por el contrario, el bien.

*Moralistas y sicofantes contra el marxismo*⁶

Los mercaderes de indulgencias y sus aliados socialistas. O el cuclillo en nido ajeno

El folleto *Su Moral y la nuestra* tiene, cuando menos, el mérito de haber obligado a algunos filisteos y sicofantes a desenmascararse por completo. Los primeros recortes de la prensa francesa y belga que he recibido, así lo atestiguan. La crítica más inteligible, en su género, es la de un periódico católico parisiense, *La Croix*. Estas gentes tienen su sistema y no se avergüenzan de defenderlo. Están por la moral absoluta y además por el verdugo Franco: tal es la voluntad de Dios. A su espalda llevan un pocero celeste que recoge y conduce tras ellos todas sus inmundicias. Nada asombroso es que juzguen indigna la moral de los revolucionarios, que responden por sí mismos. Sin embargo, lo que nos interesa ahora no son los mercaderes profesionales de indulgencias, sino los moralistas que se pasan sin Dios, al mismo tiempo que tratan de ocupar ellos su sitio.

El periódico “socialista” de Bruselas, *Le Peuple* (¡adonde ha venido a ocultarse la virtud!) no ha encontrado en nuestro pequeño libro más que una receta criminal para crear núcleos secretos, con el más inmoral de los fines: comprometer el prestigio y los ingresos de la burocracia obrera belga. Indudablemente, se puede objetar que esa burocracia está marcada de infamia por traiciones sin número y por estafas públicas (¡recordemos no más la historia del *Banco Obrero!*); que ahoga en la clase obrera cualquier destello de pensamiento crítico; que por su moral práctica no es superior en nada a su aliada política, la jerarquía católica. Pero, en primer lugar, sólo gentes muy mal educadas pueden recordar cosas tan desagradables; en segundo, todos estos caballeros, sean cuales fueren sus pecadillos, tienen en reserva los más elevados principios de moral: Henri de Man se encarga personalmente de ello; frente a su ilustre autoridad, nosotros, los bolcheviques, no podemos, evidentemente, alcanzar ninguna indulgencia.

Antes de pasar a los demás moralistas, detengámonos un instante en el prospecto publicado por el editor francés de nuestro pequeño libro⁷.

El fin mismo de un prospecto es, ya sea recomendar el libro, ya sea, cuando menos, exponer objetivamente su contenido. Estamos ante un prospecto de muy distinto género. Baste citar un solo ejemplo: “Trotsky piensa que su partido, anteriormente en el poder y hoy en día en la oposición, siempre ha representado al verdadero proletariado y asimismo la verdadera moral. Por ejemplo, concluye esto: fusilar a rehenes adquiere un significado completamente diferente según la orden esté dada por Stalin o por Trotsky”. Esta cita basta plenamente para forjarse una idea del comentarista, que se ha quedado oculto entre bambalinas. El derecho de velar sobre el prospecto es derecho indiscutible

⁶ Tomado de “Moralistas y sicofantes contra el marxismo”, en *Su moral y la nuestra*, Archivo León Trotsky-Sección en español del MIA. Contrastada caso de dudas con “Moralistes et sycophantes contre le marxisme”, en *Leur moral et la nôtre*, JJ Pauvert Éditeur, Utrecht, 1966; no señalamos los pequeños cambios que de ello se han derivado. EIS.

⁷ Ver en esta obra “Nota del editor”.

del autor. Pero puesto que en nuestro caso el autor vive del otro lado del océano, algún “amigo”, aprovechando evidentemente la falta de información del editor, se ha deslizado en el nido ajeno y ha depositado allí su huevo, (¡oh!, un huevecillo, sin duda, un huevo casi virginal). ¿Quién es el autor del prospecto? Víctor Serge, traductor del libro y, al mismo tiempo, su severo censor, puede proporcionar fácilmente la información necesaria. No me asombraría, si se descubriera que el prospecto fue escrito... no por Victor Serge, claro está, sino por uno de sus discípulos, que imita al maestro tanto en el pensamiento como en el estilo. Pero, después de todo, ¿no será el maestro mismo, es decir, Victor Serge, en su calidad de “amigo” del autor?

“¡Moral de hotentote!”

Souvarine y otros sicofantes se han apoderado inmediatamente, claro está, de la frase del prospecto citada arriba, y ésta los dispensa de la necesidad de fatigarse buscando sofismas envenenados. Si Trotsky toma rehenes, está bien: si lo hace Stalin, está mal. Frente a esta “moral de hotentote” no es difícil dar pruebas de noble indignación. Sin embargo, no hay nada más fácil que desenmascarar, con el ejemplo más reciente, la vacuidad y la falsía de esta indignación. Victor Serge ingresó públicamente al P.O.U.M., partido catalán que tenía en el frente de guerra su propia milicia. En el frente, ya lo sabemos, se tira y se mata. En consecuencia, puede decirse: “El asesinato adquiere para Victor Serge un significado completamente diferente, según que la orden haya sido dada por el general Franco o por los jefes del partido de Victor Serge”. Si nuestro moralista hubiera tratado de captar el sentido de sus propios actos, antes de dar lecciones a los demás, es verosímil que habría dicho, a ese respecto: pero los obreros españoles luchaban por libertar el pueblo y, por el contrario, las bandas de Franco por reducirlo a la esclavitud. Serge no podría inventar ninguna otra respuesta. En otras palabras, no hace más que repetir el argumento de “hotentote” de Trotsky sobre los rehenes⁸.

Sin embargo, es posible, y aún verosímil que nuestro moralista no quiera decir abiertamente lo que hay, y que trate de escabullirse: “¡matar en el frente es una cosa; pero fusilar rehenes es otra!”. Este argumento (lo demostraremos más adelante), es sencillamente estúpido. Pero detengámonos un instante en el terreno escogido por nuestro adversario. ¿El sistema de rehenes, según usted, es inmoral “en sí”? Muy bien, es lo que queríamos saber. Este sistema, sin embargo se ha practicado en todas las guerras civiles de la historia antigua y moderna. Es evidente que procede de la naturaleza de la guerra civil. De eso sólo se puede sacar la conclusión de que la naturaleza misma de la guerra civil es inmoral. Es el punto de vista del periódico *La Croix*, que piensa que hay que obedecer al poder, porque el poder viene de Dios. ¿Pero Victor Serge? Su punto de vista no ha llegado a la madurez. Poner un huevecillo en nido ajeno es un cosa; definir su actitud frente a un complejo problema histórico, es otra muy distinta. Admito íntegramente que gentes de moral tan elevada como Azaña, Caballero, Negrín y Cía. hayan estado contra la toma de rehenes del campo fascista: son burgueses de uno y otro bando, ligados entre sí por lazos de familia, y están seguros de que aún en caso de derrota, no sólo podrán salvarse, sino que, además, tendrán su pedazo de carne asegurado. A su modo, tienen razón. Ahora, los fascistas tomaron rehenes entre los revolucionarios proletarios, y éstos, por su parte, los tomaron entre la burguesía fascista, pues sabían que los amenazaba la derrota, aun parcial y temporal; a ellos y a sus

⁸ No nos detendremos en la sucia costumbre de tratar con desprecio a los hotentotes, para hacer resplandecer tanto más la moral de los esclavistas blancos. Lo que se ha dicho en el libro basta.

hermanos de clase. Victor Serge no es capaz de decirse a sí mismo qué es lo que quiere exactamente: ¿quiere purificar la guerra civil de la práctica de los rehenes o purificar la historia humana de la guerra civil? El moralista pequeñoburgués piensa de manera episódica, fragmentaria, a pequeños trozos, incapaz como es de captar los fenómenos en su relación interna. Artificialmente, aislada, la cuestión de los rehenes es para él un problema moral particular, independiente de las condiciones generales que engendran conflictos armados entre las clases. La guerra civil es la expresión suprema de la lucha de clases. Tratar de subordinarla a “normas” abstractas significa, de hecho, desarmar a los obreros frente a un enemigo armado hasta los dientes. El moralista pequeñoburgués es hermano menor del pacifista burgués que quiere “humanizar” la guerra, prohibiendo el empleo de gases, el bombardeo de ciudades abiertas, etc. Políticamente, tales programas sólo sirven para que el pensamiento popular se desvíe de la revolución y de considerarla como el único medio de acabar con la guerra.

El miedo a la opinión pública burguesa

Habiéndose embrollado en sus contradicciones, el moralista tratará probablemente de repetir que la lucha “declarada” y “consciente” es una cosa, mientras que apoderarse de personas que no participan en ella, es otra. Este argumento no es, sin embargo, más que una lamentable y estúpida escapatoria. Combatieron en el campo de Franco decenas de millares de hombres engañados y alistados por la fuerza. Las tropas republicanas mataron a estos desdichados prisioneros del general reaccionario.

¿Era esto moral o inmoral? Además, la guerra actual, con la artillería de largo alcance, la aviación, los gases, en fin, con su cortejo de devastaciones, de hambres, de incendios, de epidemias, entraña, inevitablemente, la pérdida de centenas de millares y de millones de seres que no participan directamente en la lucha, entre los cuales se cuentan ancianos y niños.

Como rehenes, se toman, por lo menos, personas ligadas por una solidaridad de clase o de familia a un campo determinado o a los jefes de éste.

Al tomar rehenes es posible hacer conscientemente una elección. El proyectil lanzado por el cañón o arrojado desde el avión va al azar y puede exterminar, no sólo enemigos, sino también amigos, o padres o hijos de ellos. Entonces, ¿por qué nuestros moralistas aíslan, pues, la cuestión de los rehenes y cierran los ojos ante todo el contenido de la guerra civil?

Porque no es valor lo que les sobra. Siendo de “izquierda”, temen romper con la revolución; siendo pequeñoburgueses, temen cortar los puentes con la opinión pública oficial. Gracias a la condenación del sistema de rehenes, se sienten en buena sociedad, contra los bolcheviques. Respecto a España, cobardemente callan. Contra el hecho de que los obreros españoles, anarquistas o pousistas, hayan capturado rehenes, V. Serge protestará... dentro de veinte años.

El código moral de la guerra civil

V. Serge tiene otro descubrimiento de la misma categoría; helo aquí: la degeneración del bolchevismo comenzó desde el momento en que la Checa tuvo derecho de decidir, a puerta cerrada, de la suerte de los individuos. Serge juega con la noción de revolución, escribe sobre ella poemas, pero no es capaz de comprenderla tal cual es.

La justicia pública sólo es posible dentro de condiciones propias de un régimen estable. La guerra civil constituye una situación de inestabilidad extrema de la sociedad

y del estado. Así como es imposible publicar en la prensa planes de estado mayor, también es imposible revelar, en procesos públicos, las condiciones y circunstancias de los complots, estrechamente ligadas como están con la marcha de la guerra civil. Los tribunales secretos aumentan en extremo la posibilidad de los errores, sin duda. Esto sólo significa, lo reconocemos de buen grado, que las circunstancias de la guerra civil no son favorables para impartir una justicia imparcial. ¿Y qué más?

Propondríamos que se nombrara a V. Serge presidente de una comisión compuesta, por ejemplo, de Marceau Pivert, Souvarine, Waldo Frank, Max Eastman, Magdeleine Paz y otros para elaborar un código moral de la guerra civil. Su carácter general de antemano se adivina. Los dos campos se obligan a no tomar rehenes. Se mantiene en vigor la publicidad de la justicia. Para su correcto funcionamiento, se mantiene, durante la guerra civil, una absoluta libertad de prensa. Como los bombardeos de ciudades lesionan la publicidad de la justicia, la libertad de prensa y la inviolabilidad del individuo, quedan formalmente prohibidos. Por las mismas razones, y por muchas otras más, el empleo de la artillería queda prohibido. Y considerando que fusiles, granadas de mano y aún las bayonetas ejercen sin duda perniciosa influencia sobre la personalidad, así como sobre la democracia en general, queda prohibido estrictamente el uso de armas blancas o de fuego en la guerra civil.

¡Maravilloso código! ¡Magnífico monumento a la retórica de Victor Serge y de Magdeleine Paz! Sin embargo, mientras este código no sea aceptado como regla de conducta por todos los opresores y oprimidos, las clases beligerantes se esforzarán por alcanzar la victoria *por todos los medios*, y los moralistas pequeñoburgueses no harán más que nadar en la confusión entre ambos campos. Subjetivamente, simpatizan con los oprimidos, nadie lo duda. Objetivamente siguen siendo prisioneros de la moral de la clase dominante, y tratan de imponerla a los oprimidos, en lugar de ayudarlos a elaborar la moral de la insurrección.

¡Las masas no tienen nada que ver aquí!

Victor Serge ha revelado, de paso, la causa del derrumbe del partido bolchevique: el centralismo excesivo, la desconfianza en la lucha de ideas, la falta de espíritu libertario (en el fondo, anarquista). ¡Más confianza en las masas! ¡Más libertad! Todo ello fuera del tiempo y del espacio. Pero las masas de ningún modo son iguales a sí mismas: hay masas revolucionarias, hay masas pasivas, hay masas reaccionarias. En períodos diferentes, las mismas masas se hallan inspiradas por sentimientos y objetivos diferentes.

Precisamente de ello se desprende la necesidad de una organización centralizada de la vanguardia. Sólo el partido, utilizando la autoridad conquistada, es capaz de superar las oscilaciones de la propia masa. Atribuir a ésta rasgos de santidad y reducir su programa a una “democracia” informe es disolverse en la clase tal cual es ella, cambiarse de vanguardia en retaguardia y renunciar así a las tareas revolucionarias. Por otra parte, si la dictadura del proletariado tiene en general un sentido, es precisamente el de armar a la vanguardia de la clase con los recursos del estado para rechazar toda amenaza, aún aquellas que procedan de las capas atrasadas del proletariado mismo. Todo esto es elemental; todo esto lo ha demostrado la experiencia de Rusia y lo ha confirmado la de España.

El secreto, sin embargo, consiste en que, al reivindicar la libertad “para las masas”, Victor Serge reivindica de hecho la libertad para sí mismo y para sus semejantes; la libertad de escapar a toda vigilancia, a toda disciplina; inclusive, si esto fuere posible, a toda crítica. Las “masas” no tienen nada que ver aquí. Cuando nuestro

“demócrata” se revuelve de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, sembrando la confusión y el escepticismo, le parece que se halla en la realización de una saludable libertad de pensamiento. Pero cuando nosotros, desde el punto de vista marxista, expresamos nuestra apreciación de las vacilaciones del intelectual pequeñoburgués desencantado, le parece que es un atentado contra su personalidad. Se alía entonces con todos los confusionistas para una cruzada contra nuestro despotismo y nuestro sectarismo.

La democracia interior del partido revolucionario no es un fin en sí, tiene que completarse y limitarse con el centralismo. Para el marxista, el problema siempre se plantea así: la democracia, ¿para qué? ¿para qué programa? De este modo, los cuadros del programa constituyen los cuadros mismos de la democracia. Victor Serge ha reclamado de la IVª Internacional que ésta diese libertad de acción a todos los confusionistas, sectarios, centristas del tipo del P.O.U.M., de Vereecken, de Marceau Pivert; a los burócratas conservadores del género de Sneevliet, o sencillamente a los aventureros del tipo de R. Molinier. Por otra parte Victor Serge ayuda sistemáticamente a las organizaciones centristas a expulsar de sus filas a los partidarios de la IVª Internacional. Bastante conocemos este tipo de democracia: complaciente, acomodaticia, conciliadora... *cuando mira hacia la derecha* y, al mismo tiempo, exigente, malvada y tramposa... *cuando mira hacia la izquierda*. Representa solamente el régimen de autodefensa del centrismo pequeñoburgués.

La lucha contra el marxismo

Si Victor Serge abordara seriamente los problemas de la teoría, se sentiría confuso (ya que quiere desempeñar papel de “innovador”) de hacernos regresar a Bernstein, a Struve y a todos los revisionistas del siglo pasado, que trataban de injertar el kantismo en el marxismo, es decir, de subordinar la lucha de clases del proletariado a principios colocados por encima de ella. Como el mismo Kant, imaginaban ellos el “imperativo categórico” (la idea del deber) como una norma de moral absoluta, válida para todos. En realidad, se trata del “deber”, respecto de la sociedad burguesa.

A su manera, Bernstein, Struve, Vorlander se comportaban seriamente ante la teoría; reclamaban abiertamente el *retorno* a Kant. Victor Serge y sus semejantes no sienten la menor obligación para con el pensamiento científico. Se limitan a alusiones, a insinuaciones, en el mejor de los casos, a generalizaciones literarias... Sin embargo, si se va hasta el fondo de su pensamiento, resulta que se han unido a una vieja causa, malparada desde hace largo tiempo: domar el marxismo con ayuda del kantismo; paralizar la revolución socialista con normas “absolutas” que, de hecho, representan la generalización filosófica de los intereses de la burguesía; no, ciertamente, de la burguesía actual, sino de la burguesía difunta de la época del libre cambio y de la democracia. La burguesía imperialista observa aún menos que su abuela liberal estas normas; pero mira con buenos ojos el que los predicadores pequeñoburgueses introduzcan la confusión, el desorden y la vacilación en las filas del proletariado revolucionario. El fin principal, no solamente de Hitler, sino también de los liberales y de los demócratas es desacreditar el bolchevismo, en los momentos en que su justeza histórica amenaza convertirse en absolutamente evidente para las masas. El bolchevismo, el marxismo: ¡He ahí el enemigo!

Cuando el “hermano” Victor Basch, gran sacerdote de la moral democrática, se entregó, ayudado por su “hermano” Rosenmark, a una falsificación para defender los procesos de Moscú, y cuando públicamente fue declarado convicto de falsedad, golpeándose el pecho exclamó: “¿Podría yo acaso ser parcial? Siempre denuncié el

terror de Lenin y de Trotsky”. Basch revelaba muy bien el resorte interno de los moralistas de la democracia: algunos de ellos pueden callar respecto de los procesos de Moscú, otros pueden atacarlos, otros, en fin, pueden defenderlos; pero su preocupación común es utilizar esos procesos para condenar la “moral” de Lenin y de Trotsky; es decir, los métodos de la revolución proletaria. En este dominio, todos son hermanos.

El escandaloso prospecto citado antes dice que he expuesto mis ideas sobre la moral, “apoyándome en Lenin”. Esta fórmula indeterminada, repetida en otras gacetas sobre el libro, puede comprenderse en el sentido de que yo desarrollo los principios teóricos de Lenin. Pero Lenin, por lo que sé, nunca escribió de moral. Victor Serge quiere, de hecho, decir una cosa muy diferente: que mis ideas amorales representan la generalización de la práctica de Lenin, el “amoralista”. Quiere desacreditar la personalidad de Lenin con mis juicios, y mis juicios con la personalidad de Lenin. Y sencillamente halaga la tendencia reaccionaria general, enderezada contra el bolchevismo y el marxismo en su conjunto.

El sicofante Souvarine

El expacifista, el excomunista, el extrotskyista, el ex comunista-demócrata, el exmarxista... casi el ex Souvarine, ataca la revolución proletaria y a los revolucionarios con una impudicia tanto mayor cuanto menos sabe él lo que quiere. Este individuo gusta y sabe escoger las citas, los documentos, las comas y las comillas, formar expedientes y, además, sabe manejar la pluma. Primero, esperó que este acervo le bastaría para toda la vida; pero bien pronto se vio obligado a convencerse de que además era necesario saber pensar... Su libro sobre Stalin, a pesar de la abundancia de citas y de hechos interesantes, es un testimonio de su propia pobreza. Souvarine no comprende ni lo que es la revolución ni lo que es la contrarrevolución. Aplica al proceso histórico los criterios de un minúsculo razonador, enojado, de una vez por todas, con la humanidad viciosa. La desproporción entre su espíritu crítico y su impotencia creadora lo corroe como un ácido. De ahí, su continua exasperación y su falta de honradez elemental en la apreciación de ideas, individuos, acontecimientos; todo ello cubierto con un seco moralismo. Como todos los misántropos y los cínicos, Souvarine se siente orgánicamente atraído por la reacción.

¿Ha roto Souvarine abiertamente con el marxismo? Jamás hemos oído decir nada semejante. Prefiere el equívoco: es su elemento natural. “Trotsky, [escribe, en su crítica de nuestro libro] se aferra de nuevo a su caballito de batalla de la lucha de clases”. Para el marxista de ayer, la lucha de clases es... el “caballito de batalla de Trotsky”. Nada tiene de asombroso que Souvarine, por su cuenta, prefiera aferrarse al perro muerto de la moral eterna. A la concepción marxista, opone él un “sentimiento de la justicia... no obstante las distinciones de clases”. Es cuando menos consolador saber que nuestra sociedad está fundada sobre el “sentimiento de la justicia”. Durante la próxima guerra, Souvarine irá, sin duda, a exponer su descubrimiento a los soldados en las trincheras; mientras tanto puede exponerlo a los inválidos de la última guerra, a los desocupados, a los niños abandonados y a las prostitutas. Confesémoslo de antemano: si recibe una paliza, nuestro “sentimiento de la justicia” no estará de su parte...

La nota crítica de este impúdico apologista de la justicia burguesa, “no obstante las distinciones de clases”, se apoya enteramente sobre la nota del editor inspirada por Victor Serge. Este, a su vez, en todos sus ensayos “teóricos” no va más allá de préstamos híbridos tomados de Souvarine. Pero, después de todo, el último tiene una ventaja: dice hasta el fin lo que Victor Serge no se atreve todavía a enunciar.

Con una fingida indignación (nada hay en este individuo que sea real) Souvarine escribe que, puesto que Trotsky condena la moral de los demócratas, reformistas, estalinistas y anarquistas, hay que deducir que el único representante de la moral es el “partido de Trotsky”, y puesto que este partido “no existe”, en resumidas cuentas, la encarnación de la moral es el propio Trotsky. ¿Cómo no reír ante esto? Souvarine imagina, a lo que parece, que sabe distinguir lo que existe de lo que no existe. Esto es muy sencillo cuando se trata de una tortilla de huevos o de un par de tirantes; pero a la escala de proceso histórico, semejante distinción está evidentemente por encima de Souvarine. “Lo que existe”, nace o muere, se desarrolla o se disgrega. Sólo puede comprender lo que existe, quien comprenda sus tendencias internas.

El número de personas que desde el comienzo de la última guerra imperialista ocuparon una posición revolucionaria puede contarse con los dedos. Los diferentes matices de patriotismo se habían apoderado casi totalmente del terreno de la política oficial. Liebknecht, Luxemburgo, Lenin semejaban impotentes solitarios. Sin embargo, ¿podemos poner en duda que su moral estuviera por encima de la moral servil de la “unión sagrada”? La política revolucionaria de Liebknecht de ningún modo era “individualista”, como le parecía entonces al filisteo patriota medio. Por el contrario, Liebknecht, y sólo él, reflejaba y pronunciaba las hondas tendencias subterráneas de las masas. La marcha posterior de los acontecimientos confirmó enteramente este hecho. No temer ahora una ruptura completa con la opinión pública oficial, a fin de conquistar para sí el derecho de dar mañana expresión a los pensamientos y a los sentimientos de las masas insurgentes, es una forma particular de existencia que se distingue de la existencia empírica del pequeñoburgués rutinario. Bajo las ruinas de la catástrofe que se acerca perecerán todos los partidos de la sociedad capitalista, todos sus moralistas y todos sus sicofantes. El único partido que sobrevivirá es el partido de la revolución socialista mundial, aunque parezca hoy inexistente a los razonadores ciegos, lo mismo que durante la última guerra parecía inexistente el partido de Lenin y de Liebknecht.

Revolucionarios y propagadores de infecciones

Engels escribía que Marx y él habían permanecido toda su vida en la minoría y que “habían hecho bien”. Los períodos en los que el movimiento de la clase oprimida se eleva hasta el nivel de las tareas generales de la revolución, representan en la historia excepciones rarísimas. Las derrotas de los oprimidos son mucho más frecuentes que sus victorias. Después de cada derrota, viene un largo período de reacción, que sumerge a los revolucionarios en una situación de cruel aislamiento. Los pseudorrevolucionarios, los “caballeros de una hora”, según expresión del poeta ruso, o traicionan abiertamente en esos períodos la causa de los oprimidos, o se lanzan en busca de una fórmula de salvación que les permita no romper con ninguno de los campos. Encontrar en nuestra época una fórmula de conciliación en el dominio de la economía política o de la sociología es inconcebible: las contradicciones entre las clases han derribado definitivamente las fórmulas de los liberales, que soñaban con “armonía” y las de los reformistas demócratas. Queda el dominio de la religión y de la moral trascendente. Los “socialistas revolucionarios” rusos tratan ahora de salvar la democracia, mediante una alianza con la Iglesia. Marceau Pivert reemplaza a la Iglesia con la francmasonería. Victor Serge, según parece, todavía no ingresa a las logias, pero sin ningún trabajo encuentra el lenguaje común con Pivert contra el marxismo.

Dos clases deciden la suerte de la sociedad contemporánea: la burguesía imperialista y el proletariado. El último recurso de la burguesía es el fascismo, que reemplaza los criterios sociales e históricos por criterios biológicos y zoológicos, para

libertarse así de toda limitación en la lucha por la propiedad capitalista. Sólo la revolución socialista puede salvar la civilización. El proletariado necesita toda su fuerza, toda su resolución, toda su audacia, toda su pasión, toda su firmeza para realizar la violenta conmoción. Ante todo, necesita una completa independencia respecto de las ficciones de la religión, de la “democracia” y de la moral trascendente, cadenas espirituales creadas por el enemigo para domesticarlo y reducirlo a la esclavitud. Moral es lo que prepara el derrumbe completo y definitivo de la barbarie imperialista, y nada más. La salvación de la revolución: ¡esa es la ley suprema!

Comprender claramente las relaciones recíprocas entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, en la época de su lucha a muerte, nos revela el sentido objetivo del papel de los moralistas pequeñoburgueses. Su principal rasgo es su impotencia: impotencia *social*, dada la degradación económica de la pequeña burguesía; impotencia *ideológica*, dado el terror del pequeñoburgués ante el monstruoso desencadenamiento de la lucha de clases. De ahí la aspiración del pequeñoburgués, tanto culto como ignorante, de domar la lucha de clases. Si no lo consigue con ayuda de la moral eterna (y no puede lograrlo) la pequeña burguesía se echa en brazos del fascismo, que frena la lucha de clases gracias al mito y del hacha del verdugo. El moralismo de Victor Serge y de sus semejantes es un puente de la revolución hacia la reacción. Souvarine ya está del otro lado del puente. La menor concesión a semejantes tendencias es el comienzo de la capitulación ante la reacción. Que esos propagadores de infecciones ofrezcan reglas de moral a Hitler, a Mussolini, a Chamberlain y a Daladier. En cuanto a nosotros, nos basta el programa de la revolución proletaria.

Coyoacán, a 9 de junio de 1939

Índice biográfico

Azaña Manuel (1880-1939), político de la izquierda española, presidente de la república en 1936 durante el levantamiento militar franquista, murió en el exilio.

Basch Victor (1963-1944), Presidente de la Liga para la Defensa de los Derechos Humanos y Ciudadanos, asesinado durante la ocupación por las milicias francesas. Durante los “juicios de Moscú”, hizo publicar un informe del abogado Rosenmark a favor de Stalin en el boletín de la Liga *Les Cahiers des droits de l’homme*, y luego rechazó cualquier otro artículo sobre el tema con el pretexto de “no instigar la controversia entre los miembros de las ligas”, dando como prueba de su imparcialidad que había condenado los “flujos de sangre” que la revolución rusa había hecho fluir durante los tiempos de Lenin y Trotsky.

Bauer Otto (1882-1939), el principal líder de la socialdemocracia austríaca después de la Primera Guerra Mundial, teórico de lo que se llamó “austromarxismo”, emigró tras la derrota de los trabajadores de Viena en febrero de 1934.

Bernstein Edouard (1850-1932), socialista alemán y ejecutor de la voluntad de F. Engels, propuso en 1899 una revisión del marxismo consistente en abandonar la perspectiva revolucionaria en favor de un desarrollo gradual hacia el socialismo.

Brandler Henri, el principal líder del PC alemán en 1922-23, entonces líder de la oposición de derecha, aliado de Bujarin, excluido de la Internacional Comunista en 1929. Denunció a los convictos de los dos primeros “juicios de Moscú”, invirtiendo su posición tras el tercero.

Brockway Fenner, diputado y líder del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña cuando rompió con el Partido Laborista en la década de 1930; se reintegró en el Partido Laborista después de la Segunda Guerra Mundial, ahora [1966] Lord Brockway.

Caballero Largo (1869-1946), socialista español, fundador y secretario de la central sindical UGT. Ministro y presidente del consejo durante la guerra civil.

Dewey John (1859-1952), un filósofo estadounidense que formuló una concepción cercana al pragmatismo, el instrumentalismo y un maestro muy respetado. A la edad de 78 años, aceptó presidir la comisión de investigación de los juicios de Moscú, a pesar de las fuertes presiones para que dimitiera de la junta editorial de la *New Republic*, de la que, tras participar en su fundación, había sido miembro durante veinticinco años.

Duranty Walter, corresponsal del *New York Times* en Moscú, estaba a favor de Stalin y en contra de la oposición.

Eastman Max, escritor norteamericano, defensor de la revolución rusa y luego de la Oposición de Izquierda; escribió *La juventud de Trotsky, Desde la muerte de Lenin*. Con motivo de los “procesos de Moscú”, inició una evolución que le llevó a posiciones extremadamente conservadoras.

Fischer Louis, periodista estadounidense y autor de libros sobre temas internacionales que durante mucho tiempo había mantenido correspondencia con Karl Radek en Moscú, fue personalmente amigo de Stalin durante el período de los “procesos de Moscú”, y más tarde se convirtió en partidario de Franklin D. Roosevelt, que era muy hostil a la Unión Soviética cuando comenzó la Guerra Fría.

Green William (1873-1952), presidente de la Federación Americana del Trabajo, sobre todo en 1936 cuando se produjo la división de la que nació el C.I.O. (Congreso de Organizaciones Industriales).

Hook Liston, corresponsal de periódicos norteamericanos en Moscú, durante el período de lucha entre Stalin y la oposición.

Krivitsky Walter, un alto funcionario del servicio secreto soviético, rompió con Moscú en 1937 tras el asesinato de su superior Ignace Reiss (Reiss había roto después del primer “juicio” para unirse a la Cuarta Internacional). Krivitsky publicó un libro *Yo fui un agente de Stalin*, se unió a los mencheviques en el exilio y fue encontrado asesinado en una habitación de hotel en Nueva York en 1942.

Lewis John L., nacido en 1880, líder de la Federación Americana de Mineros, líder de la Federación Americana del Trabajo (A.F.L.) de la oposición que se dividió para fundar el Congreso de Organizaciones Industriales (C.I.O.).

Lovestone Jay, líder del PC estadounidense de 1926 a 1928, excluido de la Internacional Comunista con la Oposición de Derecha en 1929, dirigió un grupo comunista independiente hasta el comienzo de la Guerra Mundial. Se convirtió en el jefe de la oficina estadounidense de la AFL-CIO de los sindicatos encargados de las relaciones internacionales; en este cargo, continuó la “lucha internacional contra el comunismo” en el movimiento sindical internacional y fue el origen de varias escisiones sindicales.

Lyons Eugene, nacido en 1898, periodista y escritor estadounidense, corresponsal de United Press en Moscú de 1928 a 1934.

Majno Nestor, anarquista, líder de las bandas campesinas que lucharon en Ucrania en 1918 contra la reacción ucraniana, las tropas de ocupación alemanas y el Ejército Rojo. Sus fuerzas fueron finalmente dispersadas por el Ejército Rojo, en el que se negaron a integrarse.

de Man Henri (1885-1953), socialista belga, clasificado a la izquierda de la II Internacional antes de 1914, renunció al marxismo alrededor de 1930 en un libro (*Más allá del marxismo*), colaborador nazi durante la guerra, lo que le llevó a ser condenado a trabajos forzados *in absentia* después de la guerra.

Negrín Juan (1894-1956), socialista español y último jefe de gobierno de la II República Española antes de su salida al exilio en 1939, fue uno de los líderes de la represión contra los opositores de izquierda antiestalinistas.

Oliver García, uno de los líderes de la Federación Anarquista Ibérica, se convirtió en ministro del gobierno de Caballero. Durante las Jornadas de Mayo de 1937 se fue a Barcelona para obtener de los trabajadores el cese de la lucha.

Paz Magdeleine, novelista francesa, fue excluida del PC en 1926 como mujer opositora, rompió con Trotsky en 1929 y luego se unió al partido socialista. Denunció los “procesos de Moscú” ante el Comité Central de la Liga para la Defensa de los Derechos Humanos.

Pivert Marceau, líder de la izquierda del partido socialista desde 1933 en adelante; excluido del PS en 1938 creó el P.S.O.P. (Parti socialiste ouvrier et paysan). Después de la guerra, regresó al partido socialista, murió en 1958. Marceau Pivert era miembro de la masonería.

Pritt Denis Nowell, nacido en 1887, miembro del parlamento británico de 1933 a 1950, miembro del Consejo Privado de la Corona, Presidente de la Sociedad para las Relaciones Culturales con la URSS. Premio Stalin en 1954. Fue uno de los dos abogados que se encontraban en Moscú en la apertura del primer “proceso” y lo defendió legalmente. En sus memorias recientemente publicadas [1966], evita la cuestión de los “procesos de Moscú”.

Rappoport Charles (1865-1940), nacido en la Rusia zarista, emigró muy pronto y se integró plenamente en el movimiento obrero francés, miembro del PC francés desde su fundación en el Congreso de Tours hasta el juicio de Bujarin.

Rosenmark Raymond, un abogado francés sin una reputación particular. Invitado a Moscú con el abogado británico D.N. Pritt, cuando el primer “proceso” y su fecha se mantuvieron en secreto, asistió al juicio e hizo un informe parcial sobre su valor jurídico para la Liga para la Defensa de los Derechos Humanos.

Thomas Norman, líder socialista estadounidense.

Vandervelde Émile (1866-1938), líder del Partido de los Trabajadores Belgas, presidente de la Segunda Internacional antes de 1914, ministro durante la guerra de 1914-1918.

Vorlander Karl, nacido en 1860, filósofo alemán; en 1900, paralelamente a la ofensiva revisionista de Bernstein, publicó *Kant und der Sozialismus*.

Walcher Jacob, dirigente sindical del PC alemán, fue expulsado de este último en 1929 al mismo tiempo que Brandler, con quien rompió en 1932 para unirse al S.A.P. (Partido Socialista Obrero) donde defendió una línea proestalinista; en 1945 se unió al S.E.D. en Alemania oriental.

Yagoda Henri, líder de la GPU que organizó el primer “proceso”; despedido un mes después, fue a su vez detenido, acusado durante el tercer “proceso” y ejecutado en 1938.

Yezhov (Ejov), sustituyó a Yagoda a la cabeza de GPU en septiembre de 1936, inmediatamente después del primer “proceso de Moscú”, permaneció en el cargo hasta principios de 1939 cuando fue sustituido por Beria y a su vez ejecutado. El período durante el cual estuvo a la cabeza de GPU fue uno de los más sangrientos del reinado de Stalin y es conocido en la Unión Soviética como *Yezhovchina*.

Edicions internacionals Sedov



Trotsky: Obras Escogidas

Trotsky inédito en Internet y castellano

Consulta también nuestras otras series

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *Lenin: dos textos inéditos*
- *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *Obres escollides de Lenin en català*
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *Rosa Luxemburg en castellano*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*
-

Y las de nuestro sello hermano



- *Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)*
 - *Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti*
 - Armand, Inessa
- *Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España*
 - Badius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
 - Bleibtreu, Marcel
 - Comunas de París y Lyon
 - Ediciones Espartaco Internacional
 - Frenchia, Cintia y Gaido, Daniel
- *Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.*
 - Heijenoort, J. Van
 - Just, Stéphane. Escritos
 - Kautsky, Karl
- *Munis, G. Obras Completas y otros textos*
 - Murphy, Kevin
- *Parvus (Alejandro Helphand)*
 - Plejánov, G. V. , obras
- *Rakovsky, Khristian (Rako)*
 - Rühle, Otto
 - Textos de apoyo
- *Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75*